

Capítulo Diez

Deseos Heroicos ~El Origen~

ΛΡΖΟΓΛΤ

Συνερον οι λραι πο Νοτομρυ πο λα
Μαχισατ+ρινυδανουεα

El Gran Laberinto estaba envuelto en un silencio absoluto.

El mar de llamas que antes rugía se había desvanecido en cenizas, y la luz de la luna se filtraba a través de los agujeros abiertos en las paredes.

Muchos guerreros y monstruos habían caído, y las diversas intenciones y obsesiones que se entrelazaban en la batalla habían sido cortadas de raíz.

Lo único que quedaba era el aliento entrecortado de aquellos que intentaban aferrarse a la «esperanza», junto al sacrificio y al toro.

—¡Olna, por aquí! ¡Si rodeamos la barrera, llegaremos hasta mi hermano...!

—¡Haa, haa...! ¡Entendido!

Buscando a Argonauta, del cual se habían separado, Olna y Feena recorrían incesantemente un camino lleno de giros hacia la izquierda, topándose repetidamente con callejones sin salida, hasta que finalmente encontraron una pista. Era un hueco creado nada menos que por el Minotauro al destruir la estructura.

Más allá de los agujeros perforados a través de varias de las paredes, sabían que encontrarían a Argonauta, fuera como fuera.

Aunque no podían asegurarlo, no descartaban que lo encontraran como un cadáver.

Se me oprime el pecho, los latidos resuenan por todo mi cuerpo. Tengo miedo... la inquietud no desaparece... De repente, la imagen del joven pasó por la mente de Olna, haciendo que presionara su pecho con la mano derecha. Debo admitirlo. Debo reconocer por qué estoy tan agitada. Debo aceptar quién ha envenenado mi corazón.

Con la respiración entrecortada y esforzándose por seguir el paso de Feena, que era más rápida, Olna ya no podía negar lo que deseaba profundamente.

Anhelaba con todas sus fuerzas que esos ojos carmesíes que le habían dedicado tantas sonrisas estuvieran a salvo.

Estoy aterrorizada... de que Argonauta desaparezca de mi vida... Había dejado atrás su papel de adivina y ahora no era más que una chica impotente, rezando por la seguridad del joven, cuando...

—¿Hermano?!

—¡!

El grito de Feena perforó los oídos de Olna.

Habían llegado finalmente a los restos de un pórtico devastado por una feroz batalla.

Al final de las columnas derrumbadas, sobre un cementerio de escombros, vieron al joven de cabellos blancos desplomado.

Olna se quedó congelada.

—¡Argonauta! —Sin pensarlo, echó a correr.

Junto a Feena, Olna corrió hacia el joven apresuradamente.

Antes de que la desesperación se apoderara de ellas, los párpados cerrados del chico comenzaron a temblar.

—¿Feena... Olna? ¡Ugh...!

La voz que escucharon de vuelta no les permitió sentirse aliviadas.

La armadura estaba destrozada, y todo su cuerpo, teñido de carmesí, hizo que el rostro de Olna perdiera todo el color.

—¡Qué heridas más terribles...! ¡Es un milagro que estés vivo!

—¡Tú espera! ¡Ahora mismo usaré magia curativa!

Mientras Olna se arrodillaba junto al joven para examinar el estado de sus heridas, Feena alzó su bastón con la mano izquierda.

En el instante en que recitó un conjuro, una luz mágica azul envolvió a Argonauta, pero sus heridas no lograron sanar por completo.

—No sirve... ¡mi poder está demasiado debilitado! ¡He usado demasiada magia en las batallas que hemos enfrentado hasta aquí...! ¡No puede ser, no ahora! —exclamó Feena con frustración.

Las continuas luchas habían drenado su energía mental. Después de este último intento de magia curativa, Feena ya no podía lanzar más conjuros.

Llena de ira, tristeza y desesperación, las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos de color verde bosque.

«...Es suficiente.»

Como si esas palabras no necesitaran ser pronunciadas, Argonauta abrió los ojos con firmeza y levantó el torso.

—...Debo ir.

—¿Argonauta?!

Empujando la mano que Olna había llevado hacia él instintivamente, Argonauta se puso de pie, tambaleándose sobre sus debilitadas piernas.

—Debo perseguir al Minotauro... ¡la princesa, está en peligro!

—¡Espera! ¡Te será imposible con esas heridas! ¿Acaso sabes en qué estado está tu cuerpo ahora mismo?!

El juicio del joven era correcto.

No había tiempo que perder antes de que el sacrificio fuera consumado.

Aunque el juicio de la chica también era correcto.

Gracias a la magia curativa de Feena, algunas heridas habían sanado, pero de inmediato otras se abrieron, manchando su ropa con sangre de forma gradual.

Que Argonauta pudiera moverse con tales heridas se debía únicamente al «poder del espíritu».

Como si respondiera a la voluntad del joven, chispas eléctricas estallaron a su alrededor.

Ante los gritos silenciosos de ánimo del espíritu, Olna no pudo ocultar la amargura en su expresión.

—¡Déjalo en nuestras manos! El Minotauro... ¡nosotras lo enfrentaremos!

—...No puedo permitir que Feena, con un brazo inutilizado, ni tú, que no puedes luchar, vayan al campo de batalla.

—¡...! —Feena tembló, incapaz de replicar.

La mirada del joven se posó en su hermana menor, que estrechaba con fuerza el bastón que sostenía, agradeciéndole silenciosamente, mientras en su rostro destrozado se dibujaba una sonrisa.

—...No, no lo permitiré. ¡No voy a dejar que te vayas, de ninguna manera!

—Tranquila... todo estará bien. Me conozco mejor que nadie...

—¡¡No, no te conoces!! —Olna sacudió la cabeza mientras su voz temblaba y terminó gritando—: ¡No entiendes nada! ¡No sabes lo que has hecho, lo que has hecho por mí... ni lo que yo siento! ¡Nada, nada de nada! —Golpeó repetidamente la espalda de aquel que intentaba avanzar sin mirarla.

Con cada golpe, dejaba salir los sentimientos que aún guardaba en su pecho.

«Olna... también quiero salvarte a ti.»

«Si no derroto al Minotauro, aunque salve a «Cien», tú no serás uno de ellos. No podrás sonreír.»

«Quiero ver tu sonrisa.»

Esas eran todas palabras de Argonauta.

Todo era la genuina sinceridad que él le había entregado a Olna.

La esperanza que le mostró en medio de la desesperación y la cálida sonrisa que había derretido su corazón congelado una y otra vez.

—¡Por lo menos entiende esto! ¡No quiero que mueras! ¡No quiero que mueras, Argonauta!

—Olna... —Ante ese clamor desesperado, Argonauta se detuvo.

Feena también dirigió su mirada hacia la chica.

Olna, ya sin ocultar su egoísmo ni su obstinación, alzó las cejas y se enfrentó al joven.

—Te lo diré, Argonauta. ¡Te va a matar si intentas ser un «Héroe»! —Con la misma intensidad con la que alguna vez tuvieron su «Debate del Payaso», le lanzó esa convicción con firmeza—. La «Espada del Espíritu» como está... esa fuerza puede ser usada por cualquiera, no solo por ti. ¡No tienes ninguna necesidad de luchar tú!

Era un hecho.

Si bien Argonauta, al haber sellado el contrato con el espíritu, podía sacar el mayor potencial de su poder, cualquiera que empuñara la espada podría utilizar la habilidad del rayo.

Incluso Olna, que no poseía poder alguno, podía pelear.

Determinada a lanzarse a esa lucha a muerte, Olna intentó desesperadamente detener la espalda del hombre frente a ella.

—¡No necesitas ser tú el «Héroe»! ¡¿Verdad que no?!

Por el bien del joven, estaba dispuesta a despojarlo del derecho a ser «Héroe».

Pero esa idea la llenaba de desagrado. Sentía desprecio por sí misma, se sentía patética.

Era igual que Elmina, a quien había rechazado, y ahora ella, Olna, estaba despreciando la voluntad de Argonauta para protegerlo.

Al mismo tiempo, sintió que las lágrimas estaban a punto de brotar de sus ojos.

Por ser tan obstinada, tan torpe, tan desagradable, carente de encanto y, sobre todo, incapaz de convertirse en una princesa o una santa como deseaba ser.

Olna, por ser una chica tan débil, que ni siquiera podía correr hacia él y abrazar su espalda.

—...Es cierto. El «Héroe» no tengo que ser yo... —Con el tiempo, Argonauta, que permanecía inmóvil, murmuró sin volverse hacia ella—. Pero este «Payaso»... eso sí, tengo que ser yo quien lo haga.

—..... —Olna se quedó paralizada, incapaz de decir una palabra.

—No tengo lo necesario para ser un «Héroe»... tú misma lo dijiste, Olna. Y lo sé, hace mucho tiempo que lo sé... —Sin dejar que nadie viera la expresión que tenía en ese momento, Argonauta, con la espalda aún vuelta hacia ella, empezó a expresar lo que sentía en su interior—. El mundo necesita un «Héroe»... ¡pero ese no soy «yo»! ¡Y eso me duele, me duele y me frustra muchísimo!

—Hermano...

—¡Yo también quiero ser un héroe! ¡Quiero matar a los monstruos que destruyeron mi hogar, a los que le arrebataron su familia a Feena! —Sus emociones se desbordaban, dejando al descubierto el «verdadero yo» que ocultaba tras su máscara de payaso.

Era un grito de rabia y de dolor.

Rabia contra la injusticia que traían los monstruos, odio hacia su propia impotencia y tristeza por las vidas perdidas.

Su hermana menor, que conocía mejor que nadie la vida de su hermano, se llevó la mano apretada al pecho.

—¡Pero no es por eso! ¡No es por eso en absoluto! ...¡Quiero protegerlos! ¡A muchas personas, a las personas que más quiero! — Su voz, que se alzaba con fuerza, se transformó directamente en un deseo.

En un propósito elevado, en una voluntad noble.

Era un deseo simple pero profundamente puro que el joven había guardado en su corazón todo este tiempo.

—¡No quiero ver a nadie llorar! ¡Estoy cansado de las lágrimas! ¡Quiero convertir las lágrimas de todos... en sonrisas!

—¡.....!

—Para eso, yo tengo que reír. ¡Si yo no río, nadie más lo hará!

Mientras Argonauta gritaba hacia el suelo, Olna lo miraba con los ojos bien abiertos.

Esa era la verdad del joven.

El «verdadero Argonauta» que se comportaba como un payaso.

—Ah...—Olna recordó.

Recordó cómo, incluso en medio de la peor desesperación, él nunca se rompió ni se rindió.

Recordó las palabras de determinación que él le había dicho justo frente a sus ojos.

«Yo sonreiré.»

«No importa cuánto me ridiculicen, cuánto se burlen de mí... o cuánta desesperación enfrente, forzaré una sonrisa.»

«De lo contrario, ni los espíritus ni la diosa del destino nos sonreirán.»

La sonrisa de Argonauta existía por esa razón.

Un remedio milagroso capaz de disipar las tragedias.

Un fragmento de sol que se transmitía, se expandía y viajaba entre todos.

Por las sonrisas de los demás, el joven sonreía y desempeñaba el papel de un «payaso».

—Si es por eso, con gusto me convertiré en un «peldaño». ¡Seré el «fundamento» de los verdaderos héroes para las sonrisas de todos!
—Argonauta se dio la vuelta.

En su rostro había una sonrisa.

Esa misma sonrisa que Olna y los demás habían visto tantas veces, una sonrisa que florecía incluso en las peores adversidades.

Ante la verdadera naturaleza del «payaso», los labios de Olna comenzaron a temblar.

No era un sacrificio personal, sino exactamente los «fundamentos».

Aunque no pudiera convertirse en un verdadero «Héroe», despertaría a los «Héroes» que aún dormían.

Por eso, debía completar esta «Cacería del Toro» con sus propias manos y convertirla en una «Comedia».

Una comedia alegre que acompañaría con su mejor sonrisa.

—...¿Ese es tu «Mito Heroico»?

—Sí. La «semilla» ya ha sido sembrada. Ahora solo queda que el payaso baile y dé pie a que los héroes se levanten.

—...¿Es por eso que escribes tu diario?

—Sí. Es la crónica de un hombre ridículo que no pudo ser un héroe. Una huella para inspirar a otros, para que sepan que incluso un hombre como este logró «hazañas».

Con un susurro, Olna le hizo preguntas una y otra vez.

Cada vez, Argonauta respondía con una sonrisa, como si no fuera algo de importancia.

—No necesito que quede algo de mí para la posteridad. Con que un «Héroe» más lo lea... con que alguien más sonría, eso será suficiente.

Olna no podía contener el temblor que se filtraba incluso en su respiración mientras lo miraba a esos ojos carmesí.

—...¿Y ese sentimiento no lo escribirás?

—No necesito plasmar pensamientos tan lúgubres. No son necesarios para las sonrisas.

Olna sintió que el aire no llegaba bien a sus pulmones.

Sus sentimientos eran tan hermosos, tan deslumbrantes... y, al mismo tiempo, tan solitarios.

Aunque no estaba solo, parecía estar a una distancia inalcanzable.

Aunque siempre bailaba como un payaso sobre el escenario, no importaba cuánto extendiera la mano, no podía alcanzarlo.

Desde su lugar en la audiencia, ella solo podía observarlo.

—¿Ahí... es donde está tu felicidad?

Su voz estaba húmeda.

Algo brotaba desde lo más profundo de su corazón.

Mientras contenía las lágrimas que amenazaban con caer por las comisuras de sus ojos, sintió que debía hacer esa pregunta.

—Por supuesto. No tengo intención de abandonar a ese «uno» que soy yo.

Esas palabras eran toda la verdad de Argonauta.

Era un joven tan obstinado, egoísta y amante de las apariencias como Olna, pero con un toque de terquedad y, sobre todo, con la

sonrisa más amable que nadie pudiera ofrecer. Así era Argonauta, y esa era la promesa que ofrecía.

La felicidad de devolver las sonrisas que él había recibido a lo largo de su vida a otras personas.

—No necesitamos tragedias ni desgracias. Convirtámoslo todo en una «Comedia». Por eso... —Argonauta miró a los ojos de Olna y le hizo una promesa—. Déjame ir, Olna.

—..... —La chica cerró los ojos lentamente.

Detrás de sus párpados vio una vela blanca.

Una embarcación atravesando un océano azul intenso.

Una valerosa «nave de héroes» que avanzaba hacia el horizonte luminoso, sin importar cuántas tormentas la azotaran ni cuán oscura se volviera la noche.

Algo resonaba en su interior.

Era el eco de un futuro en el que esa nave alcanzaba un puerto llamado esperanza, mostrando al mundo el tesoro del optimismo.

Humanos, gente bestia, elfos, enanos, amazonas, y gente pequeña ondeaban banderas desde la borda del barco.

¿Podías escuchar la canción de los héroes en combate?

La escucho...

Más allá, guiados por un «líder», aparecía el brillante paisaje del «Mito Heroico» que Olna veía y oía tras sus párpados cerrados, mientras contenía sus lágrimas.

La chica ya no intentó detenerlo.

El payaso había subido al último escenario.



Las antorchas ardían.

El rojo brillante cortaba la oscuridad y esparcía chispas, iluminando aquella vasta sala.

Era un lugar digno de llamarse «Cámara del Altar».

En el centro de la gran sala se alzaba un altar de piedra decorado con grabados de un hombre-toro, situado sobre varios escalones.

Alrededor, numerosas antorchas ardían con fuerza, y sobre el suelo de piedra cuidadosamente dispuesto, había manchas secas de sangre.

Eran los rastros de los sacrificios que alguna vez se habían ofrecido allí.

Y ahora, también señalaban el destino que aguardaba a la chica.

—.....

Con la mirada baja, Ariadna estaba sentada sobre el altar, con las piernas dobladas.

Había perdido una cantidad considerable de sangre, y su bello rostro mostraba un tono más pálido.

A pesar de eso, la chica mantenía una postura digna y valiente. Incluso con las manos y pies encadenados, su porte seguía siendo noble.

—...Está viniendo.

Su cabello dorado ondeaba mientras sus pestañas temblaban ligeramente.

En la tenue luz de las antorchas, que temblaban como si también sintieran miedo, un estruendo resonó, y una sombra gigantesca llegó a la «Cámara del Altar».

Aquello era el final de Ariadna.

El símbolo del destino que había visto una sola vez en su infancia y que, desde entonces, la perseguía en pesadillas: el aterrador monstruo toro, el Minotauro.

—...Siempre estuve esperando algo. Desde que era pequeña, siempre esperé que alguien viniera a salvarme, —murmuró Ariadna, mientras el Minotauro se acercaba lentamente.

Alzó una mano temblorosa, incapaz de expulsar por completo el miedo, y miró sus dedos, teñidos de un rojo brillante.

—Que un «Héroe» apareciera frente a mí... Hasta el final, dejando este tipo de «hilo» como esperanza.

Las gotas carmesíes cayeron, manchando su ropa blanca.

Sin embargo, eso ya no importaba. Era algo insignificante.

Con un sonido metálico, las cadenas que ataban sus brazos resonaron mientras bajaba la mano.

—Pero ya está bien. Si esto es un «destino» inevitable, entonces lo aceptaré.

El Minotauro puso una pata en el altar.

El final de Ariadna subía escalón tras escalón hacia ella.

De repente, sus ojos se detuvieron en el filo de un hacha de doble hoja, cubierta de manchas de sangre seca.

Solo podía rezar para que esa sangre no fuera de aquellos que conocía.

Finalmente, el enorme cuerpo del Minotauro se detuvo frente a ella.

Ariadna alzó la mirada hacia la criatura.

—Ven, Minotauro. Con este sacrificio, trae aunque sea un poco de paz.

—«¡Fuuuuuuuhhh!»

Un aliento áspero y cargado de un olor a sangre golpeó su piel como una ráfaga violenta.

La «cadena» envuelta alrededor del cuerpo del monstruo comenzó a brillar. Aquella luz violenta pero sagrada le recordó a su propio padre.

No albergaba rencor.

Tampoco amor.

Hasta el final, el Rey Lakrios solo la había visto como una pieza más en el engranaje de su reino, como una herramienta para el sacrificio. No había existido afecto en esa relación.

El rey siempre había sido un gobernante frío, cruel y maldito por el destino. Igual que Ariadna.

No había compasión, ni lástima.

Su corazón no pertenecía al rey, ni mucho menos al monstruo frente a ella.

Como princesa, ya no tenía nada que ofrecer. Solo quedaba la simple Ariadna, la chica que, en su último pensamiento, evocó a una única persona.

—Por favor, por él... que todo esto sea para algo... —Frente a la grotesca mandíbula que se abría de par en par, Ariadna cerró los ojos.

Sabía que sería devorada, que su cabeza sería masticada y su cuerpo tragado.

En el momento en que Ariadna, con dignidad, se preparaba para aceptar su final tan atroz hasta el último instante, algo ocurrió.

El rugido del fuego resonó.

—«¡;Ooooh?!»

—¿¡!?

Desde los pies del Minotauro, una explosión de llamas, como un volcán en erupción, se desató.

El monstruo lanzó un grito desgarrador mientras una oleada de calor abrasador emergía frente a Ariadna, quien, incapaz de contener su sorpresa, abrió los ojos de par en par.

El Minotauro, envuelto en llamas, se retorció en agonía, agitando sus gruesos brazos de un lado a otro antes de caer rodando fuera del altar.

La vista de Ariadna, ahora despejada, no se encontró ni con las antorchas ni con el vacío del amplio salón.

—Tu voz tiembla. Aunque me gusta ese lado vanidoso de ti, preferiría que simplemente me llamaras.

Allí, ante sus ojos, estaba la figura del «payaso» de cabellos blancos, clavando una espada mágica carmesí en el suelo.

—Solo tienes que decirlo, así, mira, «Ayúdame».

Con una sonrisa que no había cambiado desde aquel entonces, Argonauta estaba allí, de pie.

Ariadna, incrédula, contuvo el aliento. Ante su mirada atónita, el hombre que había seguido el «hilo rojo» había llegado a la «Cámara del Altar».

—Princesa... tu «Héroe» ha llegado.

Con firmeza, Argonauta desenterró la espada mágica y avanzó directamente hacia el altar.

—He venido a destrozar ese «destino» que te ata.

Empuñando dos espadas, con una armadura digna de un héroe, y a pesar de sangrar por sus propias heridas, avanzó hasta donde estaba la joven. Extendió la mano hacia Ariadna y, con un relámpago invocado, rompió las cadenas que la aprisionaban.

Los ojos de la chica, ahora libre, se llenaron de lágrimas.

—...No puede ser. ¿Por qué? ¿Por qué has venido? —Con manos temblorosas, como si quisiera confirmar que no era una ilusión, envolvió las palmas de Argonauta entre las suyas.

Había calor.

Había temperatura.

Una ardiente calidez, mezclada con la sangre que fluía, le transmitía vida.

Los hermosos ojos azules de Ariadna no pudieron contenerse más y una lágrima cayó silenciosamente.

—Estás hecho un desastre... Pareces a punto de colapsar. No quería verte así... ¡No quería que terminaras así! —Mientras su cuerpo temblaba una y otra vez y reprimía los sollozos, Argonauta, aun sosteniendo la mano que Ariadna había envuelto, la apretó con fuerza.

—Princesa, ¿qué puedo hacer para hacerte sonreír?

—¿Eh...?

—Quiero ver tu sonrisa.

—¡! —Ariadna alzó la mirada hacia él.

El joven que sonreía amablemente frente a ella limpió suavemente las lágrimas transparentes con su mano izquierda.

—Princesa, yo no tengo talento. No soy alguien digno de ser llamado héroe. Soy, sin lugar a duda, un simple payaso.

—Ar...

—Por eso, si no logro hacer sonreír al menos a una persona, no sabré por qué nací.

Esa noche en la que Ariadna fue llevada al castillo, sus mejillas también estaban empapadas en lágrimas.

La expresión que había mostrado en ese entonces era pura tristeza, derramada únicamente por Argonauta.

Argonauta nunca, ni una sola vez, había visto la sonrisa de la joven.

—Aria... ¿dónde está tu sonrisa?

Al escuchar su nombre, Ariadna inclinó la cabeza una vez más.

Las lágrimas no desaparecieron.

Los sollozos tampoco parecían detenerse.

Sin embargo, el calor que sentía en su pecho parecía derretir la tristeza que la envolvía.

Con la mano derecha del joven firmemente sostenida contra su pecho, lentamente levantó el rostro.

—...Aquí está.

Junto con las lágrimas que caían, apareció una sonrisa.

Una sonrisa mojada con lágrimas, igual que aquella noche.

Pero esta vez era diferente. Esta vez era una «sonrisa sincera», nacida del fondo de su corazón.

—Aquí está, justo frente a ti, que viniste a salvarme. —Con ternura, Ariadna susurró los sentimientos que guardaba en su pecho, dirigiéndose al payaso, ahora desaliñado y destrozado—. Estoy feliz. Gracias. ...Te amo, mi héroe ridículo que vino a salvarme.

El payaso que no podía salvar a «diez», ese día se convirtió en el héroe de la joven.

El único e inigualable héroe que podía salvarla a ella, a ese «uno».

—...Ah, qué sonrisa tan hermosa. —Entrecerrando los ojos al contemplar la bella sonrisa de la joven, Argonauta también rompió en una amplia sonrisa—. ¡Siempre quise ver eso! ¡Al fin logré hacerte sonreír!

El ruidoso payaso había regresado.

Su canto, más propio de un payaso que de un príncipe que rescata a una princesa, provocó aún más risas en la joven. Y, como resultado, el solemne altar terminó transformándose en el escenario de una comedia.

—¡Ahora sí, no me queda nada pendiente! ¡La historia del héroe Argonauta: aquí se acaba! —Extendió los brazos como para dar fin a su acto, y, aprovechando el momento, abrazó descaradamente a la princesa, quien se sonrojó intensamente.

Sin embargo, justo cuando estaba a punto de escribir la palabra «fin» en su propia crónica... algo inesperado ocurrió.

—¿Ngh?!

Detrás del payaso apareció una gigantesca sombra negra.

—¡Oye, detrás! ¡¡Detrás!! ¿¡Es el minotauro!? —Ariadna lanzó un grito mientras señalaba, tirando por la borda toda emoción de asombro o cariño en ese momento.

Sin perder tiempo, Argonauta se apartó rápidamente con la joven aún en sus brazos, justo cuando un hacha de doble filo se abatía sobre ellos.

El golpe destrozó el altar en mil pedazos y sacudió toda la sala.

—¡Vaya impaciente, eh, guerrero toro! Aunque no soy quién para decirlo, ¿podrías al menos captar un poco el ambiente? — Saltando hacia el suelo desde la base del altar, Argonauta retrocedió con un ágil movimiento, mostrando una sonrisa desafiante mientras hacía a un lado sus propias acciones impulsivas.

Dejó a Ariadna en el suelo y lanzó una mirada rápida hacia el sonido de pasos que se escuchaban detrás de él.

—¡Ustedes dos! ¡Encárguense de la princesa!

—¡Sí, hermano!

—¡Feena! ¡Y Olna!

—¡Ariadna, por aquí!

Feena y Olna llegaron finalmente a la «Cámara del Altar».

Siguiendo el avance relampagueante de Argonauta, quien había llegado primero para garantizar la seguridad de Ariadna, las dos chicas se unieron a la escena para escoltarla.

Mientras Feena y Olna la llevaban hacia un lugar seguro, Ariadna, con una mezcla de melancolía y esperanza, miró la espalda del joven que ya estaba de nuevo mirando al frente.

Así, escapó hasta la entrada de la «Cámara del Altar».

Mientras sentía que la presencia de las tres se alejaba, Argonauta cerró los ojos.

Inspiró profundamente y exhaló lentamente.

—Aguanta, cuerpo mío... Sólo un poco más. Déjame seguir siendo el payaso un instante más...

En respuesta a sus palabras, apenas un susurro para cualquiera excepto él, se manifestó el «Poder del Espíritu».

¡Chispas! Un relámpago estalló, y en ese instante, Argonauta abrió los ojos de golpe.

—...¡Te hice esperar, minotauro! ¡Estoy listo para agarrar al toro por los cuernos, archienemigo mío! —Con una voz resonante y palabras desafiantes, avanzó.

En el centro de la sala, el enorme toro que había destruido el altar giró lentamente y dirigió su imponente mirada hacia él.

—«¡Groooooohhh...!»

—¡Te reto a un nuevo combate! ¡Ahora que he salvado a la princesa, ya no tengo nada que temer!

El rugido del monstruo, incapaz de entender palabras humanas, no detuvo el discurso audaz del payaso.

Con las dos espadas aún en sus vainas, extendió ambos brazos y comenzó a avanzar a paso lento.

—¡Después de haber visto la adorable sonrisa de la princesa y escuchar que me dijo «¡Argonauta, te amo, me encantas, cástate conmigo!», no hay nada imposible para mí ahora!

—¡¡Yo no dije todo eso!!

Desde la distancia, una voz airada interrumpió sus palabras, lanzándole un grito que cortó su momento dramático.

Ignorando por completo a Ariadna, que se encontraba al fondo ruborizada, y a Olna y las demás, quienes lo miraban con una mezcla de desconcierto y resignación, Argonauta extendió su mano derecha como si estuviera invitando al minotauro a un baile.

—¡Vamos, vamos! ¡Un duelo solo entre tú y yo! ¡¡Un combate exclusivo nuestro!!

—«¡Uuuh...?»

—¡Lo que está a punto de comenzar es el duelo de espadas supremo! ¡Un carrusel eterno que será contado por generaciones, nuestra danza eterna!

El minotauro, al ver la sonrisa grabada en el rostro de Argonauta, soltó un gruñido confundido.

El gran monstruo, atado a la dinastía Lakrios desde hace tres generaciones y con más de un siglo de vida, se encontró, por primera vez, desconcertado ante un oponente que no tenía sentido.

—¿El minotauro... está confundido? —Feena, al notar la escena, también quedó perpleja.

A su lado, Olna abrió la boca lentamente para hablar.

—...Hasta ahora, siempre hubo quienes lanzaban su ira y odio al minotauro. También quienes gritaban con terror y desesperación.

—¿Eh?

—Pero jamás hubo alguien que le «sonriera».

La semielfa dirigió su mirada hacia Olna, sorprendida por sus palabras, y comprendió lo que seguía.

—Él es el primer oponente del minotauro. El primer «enemigo» que ha encontrado.

Ariadna también miró hacia adelante, en aparente acuerdo con Olna.

Nadie, hasta ese momento, había sido capaz de enfrentarse a esa enorme y aterradora bestia sin sentir miedo.

Aquel ser que devoraba todo y asesinaba indiscriminadamente no había conocido una sonrisa dirigida hacia él, excepto por quienes, ya rotos y desquiciados, habían perdido la cordura.

Incluso Ariadna, siendo parte de la realeza, solo había aceptado su destino con resignación, incapaz de esbozar una sonrisa frente a tal monstruosidad.

—...Por fin entiendo. Argonauta no es un guerrero, es un «narrador». No es alguien que lucha, sino alguien que «baila, canta y da inicio a historias absurdas». —Olna observó al hombre que ahora

se comportaba como si estuviera en medio de una ópera, y le otorgó ese título. Lo describió de esa manera.

Era el comienzo de una historia, y estaba segura de que una nueva página estaba siendo escrita en ese momento.

—El «Teatro» de Argonauta ha comenzado.

Las llamas de las antorchas parecían agitarse como si respondieran a la voz del hombre.

Los restos de las ascuas de la espada mágica que seguían flotando en el aire iluminaron el escenario.

Sus movimientos eran exagerados, su lenguaje corporal expresivo.

El payaso comenzó a hablar alegremente, sin detenerse.

—¡El problema fue que antes estaba actuando demasiado trágico! ¡Me preocupé tanto por la princesa que olvidé ser yo mismo!
—Cerró los ojos, asintiendo con teatralidad.

Luego, golpeó el suelo con el pie y giró con gracia, haciendo que su capa, desgarrada y maltrecha, se inflara y emitiera un sonido de aleteo al moverse.

—¡Ríe con alegría, ríe con lo absurdo! ¡Y deja que todos se rían mientras se retuercen de la risa! ¡Vamos, minotauro, ríe tú también!

El minotauro, que hasta ese momento había estado desconcertado, detuvo sus movimientos y fijó su mirada en el hombre.

Ese humano de cabello blanco, con ojos rojo carmesí brillando intensamente, le devolvió una sonrisa desafiante.

—¡Este será nuestro último «acto cómico»!

Por supuesto, un monstruo no podía entender el lenguaje humano.

Las palabras del hombre no tenían sentido para la gran bestia.

Sin embargo, el minotauro comprendió el significado de aquella sonrisa grabada en el rostro de su oponente.

Las comisuras de su boca se alzaron, mostrando los dientes en una mueca grotesca.

El minotauro flexionó sus rodillas y se impulsó en un salto.

—¿Acaso... el minotauro...?

—¿Está... riendo?

Con un fuerte estruendo que sacudió el suelo, el minotauro aterrizó frente al hombre, dejando un espacio justo entre ambos.

Feena y Ariadna quedaron boquiabiertas, incapaces de procesar lo que acababa de ocurrir en un instante.

Mientras tanto, Argonauta ensanchó aún más su sonrisa.

—¡Oh, dioses del cielo! ¿Son capaces de contemplar esto? ¡Si están enterrados en la tierra, apártenla y miren! ¡Espíritus, présteme su poder! ¡Deje que teja la más sublime de las historias! —Con un brazo extendido hacia lo alto, Argonauta señaló al cielo con firmeza.

El trueno rugió, y las llamas nacidas de la sangre espiritual de la espada mágica danzaron a su alrededor, celebrando la ocasión.

—¡Este es nuestro «Mito Heroico»! Una historia que habla la derrota de un toro... ¡o de ser derrotado por él! —Desenvainó sus armas.

En su mano derecha sostuvo la «Espada del Trueno» y en la izquierda la «Espada Mágica de Fuego».

Mientras los relámpagos y las llamas rugían majestuosos, el toro de guerra levantó su enorme hacha de doble filo, listo para el combate.

El héroe y el monstruo.

La princesa y el laberinto.

Las dos espadas contra la gigantesca hacha.

Todos los elementos de una «historia de origen» estaban reunidos en ese lugar.

—¡Contemplen! ¡El choque entre fuerzas opuestas, una lucha heroica llena de risas y tragedias!

El rugido ensordecedor del toro llenó la sala.

Con las dos armas en posición y cada fibra de su ser cargada con la fuerza restante, el payaso declaró el inicio del duelo final.

—¡Vamos... a la batalla decisiva!



Presenciaron un «duelo a muerte».

Vieron al hombre que no poseía la grandeza de un héroe darlo todo en un enfrentamiento extremo.

Presenciaron cómo un monstruo aterrador rugía y blandía su hacha con furia desatada.

El hombre reía.

Con el poder de los espíritus como apoyo, escupía sangre mientras luchaba, mucho más allá de sus límites.

El toro reía también.

Como si celebrara haber encontrado al único oponente digno, el minotauro desbordó intención asesina.

Las espadas danzaron, el hacha rugió, los relámpagos se precipitaron, las llamas bailaron, y los rugidos chocaron entre sí.

Fue algo tan intenso, tan aterrador, tan imponente, y a la vez, tan sublime.

Era como si fuera una auténtico «romance heroico».

—¡¡Aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaah!!

—«¡¡Uoooooooooooooooooooooooooooooooooh!!»

La espada del rayo y el hacha de doble filo colisionaron, liberando un destello cegador.

Varios rayos feroces, con sus dientes al descubierto, fueron dispersados y sofocados por una fuerza pura.

Los rugidos no cesaron.

Los gritos tampoco terminaron.

En medio de la oleada de fuerzas opuestas, las jóvenes que observaban desde las gradas instintivamente cubrieron sus rostros con los brazos.

—¡Está luchando de igual a igual...! ¡Mi hermano está enfrentándose al minotauro! —Mientras presenciaba el duelo singular, sin poder ofrecer apoyo, Feena gritaba frustrada—. ¡Se supone que el oponente es más fuerte! ¡Y él no tiene talento para la batalla! ¿¡Por qué!?

Eso era algo que ya sabía desde el enfrentamiento anterior.

El poder del minotauro superaba con creces al de los monstruos comunes. Incluso con la «protección de los espíritus», Argonauta no debería ser capaz de igualar esa fuerza abrumadora. Sin embargo, el bufón corría a una velocidad vertiginosa, esquivaba los golpes del hacha de doble filo y lograba mantener un equilibrio casi perfecto en el combate. Sus reacciones ultrarrápidas daban la impresión de que se había convertido en un avatar del rayo.

Mientras Feena permanecía atónita, Olna murmuró:

—...El «rayo» está gritando.

—¿Qué...?

—Está fluyendo a través del cuerpo de Ar, acelerándolo a la fuerza. Lo está quemando desde dentro, causándole dolor... y al mismo tiempo, siendo su apoyo.

—¡.....! Eso significa...

—Cada movimiento, cada decisión, cada golpe... están siendo llevados al límite. El rayo lo está animando a *no* rendirse.

Cuando Feena se giró hacia Olna, esta, con los ojos entrecerrados como si compartiera el dolor de Argonauta, descifró lo que estaba ocurriendo.

Una amplificación de rayos que excedía la comprensión humana.

Un recurso extremo del gran espíritu, capaz de elevar incluso a un payaso sin talento al nivel de un superhumano.

Como para confirmar las palabras de Olna, pequeñas descargas eléctricas y destellos surgieron del cuerpo de Argonauta. Cada vez que ocurría, su rostro se contorsionaba como si estuviera siendo desgarrado.

—¡La «Protección del Rayo»...! ¡Eso significa que mi hermano está sacrificando su vida...! —Los ojos de Feena se llenaron de preocupación.

Sus delgadas piernas temblaron, clamando por unirse al escenario de la batalla.

Sin embargo, como para detenerla, rayos descontrolados se desataron una y otra vez justo frente a ella.

Era un río de relámpagos que la Feena actual jamás podría cruzar. Mordiéndose los labios, la joven reprimió su impulso.

—Pero aun así... —Junto a una Feena que parecía a punto de lanzarse, Ariadna presionó su pecho con ambas manos—. Aun así, él... está sonriendo.

No importaba cuántos rayos atravesaran su cuerpo ni cuánta agonía le produjeran; el payaso seguía sonriendo.

A pesar de escupir sangre con un fuerte ¡gof! , su sonrisa no desaparecía, como si aquello no fuera más que un detalle insignificante. Con todo su ser, se enfrentaba directamente al minotauro.

En ese instante, sin importar quién lo viera, el joven estaba librando una batalla digna de un auténtico «Héroe».

—¡Haaaaaaaaaaaaaaaaah!

—«¿¡Gruuuuuuuuuuuuuuuuh!? »

Mientras su cuerpo se desgastaba, Argonauta continuaba desplazándose a velocidades asombrosas, liberando destellos de rayos caóticos.

Los ataques rápidos lograban rozar los puntos ciegos del minotauro, desgarrando su dura piel y arrancando partes de la armadura que lo cubría.

Incluso las «Cadenas», aquel «Artefacto Divino», empezaron a mostrar daños bajo la presión del «poder de los espíritus».

«¡¿Por qué, por qué, Minotauro?! ¡¿Por qué no obedeces?!»

Mientras tanto, lejos del Gran Laberinto, el Rey Lakrios levantaba la voz, presa del desconcierto.

A pesar de haber ordenado repetidamente «devora a la princesa» sus pensamientos no se materializaban.

El anciano rey, incapaz de comprender lo que sucedía en el campo de batalla, observaba tembloroso desde su trono un fragmento de las cadenas, un pedazo brillante que vibraba constantemente, como si contara la historia de aquel feroz combate.

«¡La princesa! ¡Devora a Ariadna! ¡Abandona la lucha, huye si estás en peligro!»

El rey, frustrado por su incapacidad para recuperar el control del minotauro, no comprendía por qué el sacrificio aún no se había consumado.

Mientras se pagara el precio de aquel «Artefacto Divino», el guerrero toro debería someterse por completo a la voluntad del monarca.

Incluso en una situación desesperada, el rey creía que siempre podría cambiar el curso de los acontecimientos.

«Si te reúnes con mis tropas y reorganizan su posición, ¡así podrás reducir al payaso a una simple masa sanguinolenta!»

La evaluación del rey era precisa.

Si lograba reunirse con los soldados recién enviados al Gran Laberinto, podría eliminar sin duda al maltrecho grupo de Argonauta.

Esa era, en términos de estrategia humana, la jugada más acertada.

«¡¿Por qué, entonces... por qué no obedeces las órdenes del rey?!»

Sin embargo, los monstruos no tenían interés alguno en las circunstancias humanas.

No, para aquel «macho», la batalla frente a él era todo lo que importaba.

Qué irritante y detestable era la existencia que no apartaba los ojos de él ni por un instante, mientras mantenía esa «sonrisa de macho».

Aquel ser, que le evocaba emociones desconocidas por primera vez, no era alimento ni sacrificio, sino el primer «enemigo» real para el minotauro.

La voz del viejo rey, transmitida a través de las «Cadenas», intentando sofocar su furia y movimientos, no era más que un ruido molesto.

«¡Obedece, minotauroooooooooo!»

Las «Cadenas» que envolvían su enorme cuerpo emitieron un resplandor aún más intenso, cargadas con la maldición y obsesión del rey.

El minotauro convulsionó, luchando con agonía.

Un rayo que antes habría podido desviar alcanzó su costado, golpeándolo de lleno y provocando que escupiera una gran cantidad de sangre. Incluso Argonauta, quien había ejecutado el ataque, se mostró desconcertado por lo que acababa de suceder.

Las «Cadenas» emitían sonidos tensos mientras una intensa onda de energía psíquica crecía, generando un feroz conflicto entre la orden del rey y la naturaleza salvaje de la criatura.

Entonces, en el siguiente instante:

«.....¡¡Ooooooooooooooooooooooooooh!!»

«¿Qué...?!»

Como si gritara «Cállate», el minotauro utilizó sus poderosos brazos para arrancar las «Cadenas» que lo envolvían.

—¿El minotauro destruyó las cadenas?!

—¿Es una broma!? ¿Rompió el control del «Artefacto Divino»?!

Frente al asombro de Feena y Olna, la gigantesca figura respiraba con dificultad, su pecho agitándose.

Con la destrucción de las ataduras, la voz del rey desapareció de la mente de la criatura.

El toro de guerra devorador de cadáveres, que había sido esclavo de la realeza durante tanto tiempo, se había transformado en ese instante en un «toro de guerra que solo buscaba un duelo a muerte».

Ariadna, conmocionada ante el colapso de ese paraíso ilusorio, murmuró en voz baja:

—Se ha liberado del yugo de las «Cadenas»... por su propia «Voluntad»...

Un fenómeno completamente impensable para un monstruo creado para masacrar a la humanidad.

¿Fue necesaria más de una centuria de tiempo, la humillación y represión de ser esclavo de los humanos, o quizás el encuentro con ese «enemigo» especial?

Fuera cual fuese la causa, tal como había dicho Ariadna, aquel monstruo había despertado una «voluntad».

Un torrente de emociones fieras, distintas del instinto de los monstruos: la «determinación de luchar».

—Entonces tú...

Argonauta quedó atónito al ver al minotauro, que había arrancado las «Cadenas» que lo ataban como si fueran simples

grilletes, fijar su mirada directamente en él con una intensidad inquebrantable.

Sin embargo, no tardó en esbozar nuevamente una sonrisa en su rostro.

—Ya veo... esa es tu «voluntad», ¿no? ¿Deseas pelear conmigo hasta el final? ¿Ese es tu deseo?

No hubo respuesta.

En su lugar, el toro salvaje, transformado en un cúmulo de pura «determinación de lucha», volvió a abrir su boca en una expresión feroz.

Eso era suficiente.

—Entonces, ¡acepto el reto! Si aquello que te gobierna ahora es una voluntad insaciable de lucha, ¡yo también lo enfrentaré con todo lo que tengo!

—«¡Oooooooooooooohhhh!»

—¡¡Usaré hasta la última gota de fuerza que queda en mí!!

El minotauro rugió una vez más.

Los destellos de relámpagos brillaron repetidamente.

La pasión desbordante hizo que Argonauta se regocijara.

Se emocionaba y se embriagaba al sentir que había llegado al territorio de los auténticos guerreros, un lugar al que un simple payaso sin talento jamás habría alcanzado.

Por encima de todo, él también era un «hombre».

En el siguiente instante, ambos, el hombre y la bestia, se impulsaron contra el suelo y una vez más se enfrentaron, chocando todas sus fuerzas contra su oponente.

—...No, Argonauta. Detente, Ar. Vas a consumirte...

La primera en percibir el peligro de aquella escena fue Olna.

Ella comprendió que, guiado por su determinación de lucha, el joven estaba cruzando el umbral, perdiéndose entre relámpagos, sangre y la luz que se alzaba más allá.

—¡Si sigues así, realmente te consumirás por completo y morirás!

Pero su voz no le llegó.

Los gritos de los dos contendientes, frenéticos y salvajes, ahogaron sus palabras.

—¡.....!

Incluso el suspiro de determinación que escapó de los labios de la joven de cabello dorado y ojos azules, fue aplastado por los rugidos que resonaban como un eco doble.

—«¡¡.....!!»

El duelo final había comenzado.

El choque de su fervor y su ímpetu hacía vibrar el aire. Sus gritos, ya carentes de significado, sacudían el Gran Laberinto.

El puño titánico del monstruo era respondido por la espada eléctrica del hombre. La fuerza brutal del toro salvaje se empleaba para confrontar de frente los trucos del payaso convertido en guerrero.

Un enfrentamiento en el que el compromiso fue arrojado a la distancia. Una lucha feroz que avanzaba y retrocedía sin cesar. La aceleración no se detenía.

Una patada frontal lanzada torpemente fue derribada por un destello de relámpago.

Un golpe aplastante desde arriba para romper la frente del oponente, incluso cuando la espada estaba lista para defender.

Un tajo levantado en el aire rompió huesos y desgarró carne.

Las losas del suelo se hundieron en forma de pezuñas; las antorchas fueron cortadas en dos por la presión de las espadas, y chispas incontables se dispersaron por el impacto de los choques. Los elementos primordiales del escenario se destruían lentamente.

Los dos contendientes, agotando cada fragmento de fuerza que tenían, no cesaron en su lucha. No se detuvieron, ni pudieron hacerlo, ni querían ceder.

La espada relampagueante, bañada en sangre, y el hacha de doble filo, agrietada, intercambiaron chispas y chocaron una vez más.

El fin de la batalla se aproximaba, algo evidente incluso para las jóvenes pálidas que observaban con temor.

—«¡Vrooooooooooooooh!»

—¿¡Gahhh...!?

Y entonces, un golpe masivo de la poderosa hacha cortó todo a su paso y cruzó el campo visual de Argonauta.

El ataque desgarró incluso la barrera de relámpagos que él levantó apresuradamente, y aunque apenas logró retroceder a tiempo, el impacto y el calor abrasador de un rojo incandescente lo alcanzaron, sacudiendo su cerebro.

—¿¡Ar!?

—¡¡Hermano!!

Incluso después de esquivar por un pelo el impacto directo, el joven fue arrastrado hacia el suelo, cayendo de espaldas.

Las voces de Olna y las demás se alzaron en un grito al unísono.

En ese instante, Argonauta apretó los dientes y extendió su mano izquierda.

—...¡¡«Espada Mágica», hazlo!!

De la punta de la espada nació un fuego explosivo abrumador.

—«¿~~~~~!?!? »

Un estallido liberado como un acto final para no caer en vano.

La «Espada Mágica», excediendo sus límites, se hizo añicos en múltiples fragmentos. Pero en su destrucción, liberó una fuerza devastadora que lanzó al gigantesco minotauro hacia atrás.

Naturalmente, Argonauta también fue arrastrado por el retroceso y rodó por el suelo, al haber disparado desde una postura precaria.

El fuego arrasador alcanzó incluso a Ariadna y las demás, quienes casi fueron arrastradas por la explosión. Feena, reaccionando a tiempo, abrazó a Ariadna y la llevó tras una columna para protegerla.

—¡Ar! —Olna, golpeada contra la pared cercana por la fuerza de la explosión, tosió varias veces antes de darse cuenta de que ya estaba corriendo.

Guiada por el impulso, se dirigió hacia el joven caído.

Argonauta apoyó una mano temblorosa en el suelo mientras intentaba levantar su cuerpo del piso.

—¡Aléjate, Olna...! ¡La batalla aún no ha terminado...!

—¡¡.....!! —Olna, sin palabras, quedó inmóvil al ver al joven, con el sonido de la sangre goteando, resonando en el aire.

Sin notar la expresión de ella, que parecía haber detenido el tiempo, Argonauta empezó a buscar su amada espada, que había dejado caer.

—¿La espada? ¿Dónde está la espada...? ¡Debo encontrarla rápido...!

Su visión, afectada por la explosión cercana, no se recuperaba, y esto lo frustraba profundamente. Extendió sus manos hacia la derecha y luego hacia la izquierda, buscando una y otra vez. Sin embargo, no encontraba su arma.

Su vista, que en algún momento se había teñido de un rojo abrasador, permanecía oscura.

—...Si buscas la espada, está frente a ti. —Fue entonces cuando Olna, quien había permanecido inmóvil, habló.

—¡.....! —Los hombros de Argonauta temblaron.

Su espíritu, que había olvidado el dolor y el cansancio gracias a la exaltación, fue atravesado por un frío cortante, obligándolo a enfrentar una verdad ineludible: sus ojos permanecerían para siempre en la oscuridad.

—Ar... Tus ojos... —La voz de Olna se quebró, ahogada por las lágrimas.

El impacto del hacha de doble filo, cuya fuerza monstruosa era inimaginable incluso por el viento que desplazaba, le había arrebatado a Argonauta la visión para siempre.

Mientras la sangre que fluía desde su frente recorría sus mejillas como si fueran lágrimas, Argonauta contuvo el aliento y, tras un momento, rio.

—Ja, jajajá... ¡Claro, hagámoslo así! Que se diga: ¡«El Héroe Argonauta, al enfrentar a su temido enemigo, cerró los ojos de puro terror y, tembloroso, blandió su espada al azar»! —Incluso tras perder la luz, el payaso continuó riendo de forma ridícula.

Con una mano se cubrió el rostro, esforzándose por mantener una sonrisa torpe, la más torpe que Olna había visto jamás. Las lágrimas empezaron a caer por las comisuras de sus ojos al contemplarlo.

—¡Vamos, que quede registrado en mi «Diario de Héroe»...! Ah, espera, ¿dónde está mi diario? Es extraño, no lo encuentro... —Rebuscó en su pecho, pero no logró hallarlo, ignorando que yacía justo frente a él.

Qué irónico, qué absurdo. Como si estuviera jugando a ser ciego...

Esa risa, sin embargo, no resonó en el teatro.

—¡Hermano...! —Feena, quien también notó el cambio, dejó que las lágrimas llenaran sus ojos mientras se encontraba al lado de Ariadna, conmovida.

La tragedia no deseada comenzó a desplegar su melodía.

—Te lo ruego... ¡Detente ya! ¡Con ese cuerpo, no podrás seguir luchando! —Olna, casi abrazándolo, sostenía el cuerpo de Argonauta con fuerza, rogándole.

Cayó de rodillas, abrazando sus hombros y manos, mientras sollozaba con desesperación.

—¡Luchaste de una forma increíble! ¡Lograste acorralar al Minotauro hasta ese punto!

—.....

—¡Huyamos de aquí! Si nos reunimos con los demás «Candidatos a Héroe»...

La voz cargada de tristeza resonó junto a su oído, haciendo que el cuerpo del payaso se encorvara como un gusano, contrayéndose en sí mismo.

Sumergido en la desesperación y el abandono que nacían de la oscuridad, su espíritu fue desgarrado, aceptado y luego suprimido con fuerza. Al final, Argonauta alzó el rostro.

—...No. No puedo huir. ¡Si escapo ahora, nunca podré convertirme en nada!

—¿¡.....!?

Una fortaleza mental inquebrantable.

Una determinación desmesurada.

Un «deseo de ser Héroe» más fuerte que el de cualquier otro.

Aunque sabía que era un sueño imposible, seguía adelante, decidido a cumplir su rol y a confiar su legado a los héroes que admiraba.

Porque eso era... el «Destino Heroico» del Payaso.

Una voluntad tan poderosa podía reescribir cualquier condena, guiando incluso a Olna hacia la visión de una gran travesía.

—¡Debo tejer una «comedia»! ¡Es lo que hace falta! ¡Lo que este mundo, este mundo de ahora, necesita!

De uno a diez, de diez a cien, de cien a mil, y de mil, finalmente, a la esperanza.

Por eso, ese «uno» debía completarse a toda costa. Argonauta cerró el puño con fuerza.

Solo la «comedia» podía transformar las lágrimas de pesar en lágrimas de alegría.

—¡Para eso, yo...!

En ese instante, el Minotauro, enterrado en los escombros del muro contra el que había chocado, envuelto en un mar de llamas, rugió con furia, preparándose para resurgir.

Incluso con la «espada mágica» destrozada, sus llamas seguían luchando desesperadamente por contenerlo, mientras la línea entre la tragedia y el desastre se desdibujaba y el telón de la masacre comenzaba a alzarse.

Olna, todavía abrazando los hombros de Argonauta, apretó con fuerza y bajó la cabeza.

—...Lo entiendo... Claro que lo entiendo...

Así, con una voz apenas audible y entremezclada con sollozos, le entregó sus palabras.

—Yo escribiré tu «historia»...

—¡!

—En tu lugar, yo haré que todos sonrían... ¡Lo prometo! —Por último, aferrándose a él como si su vida dependiera de ello, Olna le habló, mirando a los ojos que nunca volverían a abrirse, aquellos ojos carmesíes que habían sido su luz—. Así que, Ar... ¡por favor!

Las lágrimas de la joven cayeron sobre el puño cerrado de Argonauta, rebotando como diminutas gotas de esperanza.

Las chispas se alzaban hacia el techo.

El rugido distante del Minotauro resonó en el aire.

El trueno permanecía en silencio, sin pronunciar palabra alguna.

Como si el mundo hubiese sido cortado, un instante de calma los envolvió a los dos.

El puño cerrado comenzó a abrirse lentamente, tembloroso.

Se posó sobre las manos de la joven, que todavía lo abrazaban por los hombros.

—...No puedo.

—¡.....!

Antes de que la chica se derrumbara en un mar de tristeza...

El joven sonrió, con la ingenuidad de un niño.

—No puedo confiarle una carga tan pesada a alguien que no puede reír.

—..... —Los ojos de Olna, aún húmedos de lágrimas, se abrieron de par en par.

—Si quieres hacer reír a todos... primero, tú misma debes aprender a reír. —El joven abrazó la resolución de la chica.

Golpeó suavemente el interior de su corazón, que en realidad era más bondadoso que el de cualquiera.

—Olna... ¿puedes sonreír ahora? —El joven, que siempre quiso hacer sonreír a una chica que no reía, formuló la pregunta.

Aunque esos ojos carmesíes que una vez habían sido su luz no pudieran ya ver lo que tanto habían deseado.

No había forma de comprobarlo.

No había manera de reflejar una sonrisa.

Olna ya no podía mostrarle su sonrisa.

—..... —Con un profundo arrepentimiento, tristeza, y una promesa que no cedería a nadie, la joven cerró los ojos.

Convirtió sus lágrimas inagotables en «eso».

Sostuvo su mano derecha como si estuviera abrazándola.

Tomó una respiración temblorosa.

Y, en un susurro, le respondió.

—Sí...



—Mira... ahora estoy sonriendo. —Presionó la mano derecha del joven contra su mejilla, que sostenía una sonrisa.

Con una torpeza llena de sinceridad, sonrió, junto con sus «lágrimas de felicidad», para que sus sentimientos le llegaran de alguna forma.

La mano ensangrentada se humedeció con las lágrimas, recibiendo el calor de la joven.

Los labios que se curvaban hacia arriba, las mejillas que temblaban con emoción, y esa expresión que reflejaba ternura le enseñaron al joven la sonrisa de la chica.

—...Ah, es verdad. —Argonauta sonrió—. ...Estás sonriendo.

Olna sonrió.

Sonrió y continuó sonriendo.

Mientras su visión se nublaba con gotas transparentes, siguió sonriendo para darle consuelo.

—Entonces, te lo confiaré. Mi «Diario del Héroe».

—De acuerdo...

Guiándose por la sensación que percibió con su mano izquierda, Argonauta buscó y atrajo hacia sí el diario que había caído al suelo y permanecía abierto.

Separó su mano derecha de la mejilla de Olna y le extendió el diario.

—La historia de Argonauta. ¡Esta ridícula «comedia»!

La joven, reconocida por el gesto, recibió el libro sencillo, aunque enormemente significativo.

Un «fragmento de historia» que debía ser transmitido hasta un futuro lejano.

—¡Sé mi testigo, «Olna, la narradora»! ¡Por favor, observa mi aventura hasta el final!

—¡.....!

El joven, que había regresado a ser un payaso, se levantó.

El legado de narrar había sido entregado.

Entonces, lo único que quedaba era preparar una comedia extraordinaria que Olna pudiera escribir.

Ese sería el último papel de Argonauta.

Olna, abrazando el libro contra su pecho, contuvo las lágrimas mientras dejaba que él continuara.

—¡Hermanita mía! ¿Dónde está el enemigo? ¡Dímelo con tu voz!

—...Frente a ti. ¡Está justo frente a ti!

Sosteniendo la «Espada del Trueno», y con los párpados que jamás volverían a abrirse, el hermano llamó.

Feena, llorando, respondió con un grito lleno de fuerza.

Ante la dirección que señalaba la voz de la joven, el enorme toro, que había sido contenido por las paredes, se liberó.

Atravesando el mar de llamas, el monstruo herido dio un paso hacia adelante.

Su cuerpo seguía envuelto en llamas inextinguibles, ardiendo incluso mientras avanzaba.

Su brazo derecho, destrozado por la explosión y colgando inerte, ya no podía levantarse.

—¡Así que ahí estás, mi enemigo!

—«¡Oooohhh!»

—¿Buscas resolver esto conmigo, poderoso adversario?

—«¡¡Oooohhh!!»

Los dos guerreros heridos rugieron el uno al otro.

Destruídos por la batalla, sangrando y perdiendo fuerza, aun así se enfrentaban con una sonrisa en el rostro.

—¡Entonces tú y yo somos ahora «rivales dignos»! ¡Destinados a enfrentarnos en combate eterno! —Como si estuviera embriagado por un calor febril, Argonauta proclamó al formidable enemigo como su igual.

Aunque no podía ver la figura del enemigo, percibía claramente el contorno de la inmensa y temible silueta.

Era, en esencia, su destino.

—¡Vamos, emprendamos la aventura! ¡Por este sentimiento que no puedo ceder!

Y así comenzó la lejana aventura.

Era una aventura que continuaba sin fin.

Era la lucha del destino que ellos tejían.

—¡«Nosotros», hoy, por primera vez nos embarcamos en una aventura!

—«¡¡Ohhhhhhhhhh!!»

Lanzando un rugido de júbilo hacia el cielo, el Minotauro comenzó a correr con furia.

Argonauta también corrió.

Con un estruendo ensordecedor y un rugido lleno de determinación, se dirigieron hacia la batalla.

—...¡¡Sigamos con el duelo!!



Apostaron todo.

Entregaron todo.

En esta única batalla, tanto el simple humano como el furioso toro arrojaron todo, entregándolo todo.

Aunque no podía ver, empuñó la espada.

Aunque no podía usar uno de sus brazos, blandió el hacha.

A pesar de que ambos carecían de parte de su funcionalidad motora, libraron una feroz lucha a muerte.

Cruzaron el mar de llamas furiosas, corrieron a través de él, y sus sombras se cruzaron una y otra vez.

El trueno rugió, el hacha de doble filo aulló, y las vidas desnudas se estrellaron entre sí.

Anhelaban un solo golpe.

Deseaban la explosión.

Buscaban la victoria.

Superaron sus límites, aceleraron todo, y en las profundidades del Gran Laberinto tejieron la historia de la batalla.

Y entonces...

—¿¡Ghhh...!?

El frágil cuerpo humano cedió ante la fuerza del monstruo.

Ante el feroz golpe, el arma fue arrancada de las manos que ya no podían sostenerla.

—¡La «Espada Espiritual»!

En ese desequilibrio, Olna se adelantó.

La espada trazó una parábola hacia atrás, lejos del joven.

El fin de la omnipotencia. El agotamiento del espíritu y cuerpo.

Con el cuerpo desplomado de su enemigo mortal, el Minotauro levantó su voz en señal de victoria.

—«¡Ohhhhhhhhhh.....!!»

—¡Hermanooooooooo!

El grito desgarrador de Feena se escuchó junto al del minotauro.

La figura vestida de blanco salió disparada.

Al darse cuenta de que estaba en una situación desesperada, Argonauta ya no pudo prepararse y, con una mueca en el rostro, convirtiéndose en la víctima del hacha que descendía... pero justo en ese momento.

Un fuerte rayo recorrió el Minotauro, que mostraba sus colmillos.

—«¿¡Gruuooooohhh!? »

—¿¡!?

El grito del Minotauro y tres expresiones de asombro.

Mientras Argonauta, Olna y Feena miraban boquiabiertos, la última persona en la «Cámara del Altar» tenía en sus manos el «Poder del Rayo».

—Ariadna... sostiene la «Espada Espiritual»... —Con los ojos atónitos, Olna observaba cómo, detrás del Argonauta, Ariadna, agotada, sostenía la «Espada del Trueno» con ambas manos.

—Perdón, Argonauta... me he entrometido en su duelo... —La princesa, que solo tenía ojos para el joven, apenas escuchó el gemido de su cuerpo, corrió hacia él como si pudiera prever el futuro, más rápido que caer en la desesperación, y desenvainó la espada clavada

en el suelo—. ¡Pero si hablamos de lazos, si hablamos de «destino»!
¡Yo también tengo una enemistad con el Minotauro!

Con la mirada dirigida hacia el rostro de Argonauta, que tenía los ojos cerrados, Ariadna le ofreció una disculpa y una resolución.

Ante la valentía de Argonauta, decidido a luchar hasta quemarse, Ariadna también ocultó su determinación en un suspiro.

No era una resignación ante las pesadillas y el miedo, sino la voluntad de enfrentarse al símbolo del destino.

—¡El pecado cometido por la realeza debe ser erradicado por mí!
¡Como heredera de la sangre real!

—Aria...

—¡Más que nada, no quiero ser una víctima que solo puede ser salvada! ¡Quiero ayudarte! ¡Quiero darte mi apoyo!

Ella rechazó quedarse como la princesa cautiva. Rechazó ser solo la flor de la historia, salvada por un héroe.

Ella nunca había sido una princesita sumisa; era capaz de escapar del castillo, y tan orgullosa que no temía a sacrificarse a sí misma.

Y las «Cadenas» que ataban su corazón también fueron destruidas por Argonauta.

Fue Argonauta quien la cambió.

El encuentro entre los dos cambió a Ariadna.

—¡No quiero que mueras! —Sus ojos de piedras preciosas, azules y cristalinos, mostraban sus sentimientos.

Aunque no pudiera ver esos ojos como joyas, los sentimientos de Ariadna fueron comprendidos.

Argonauta también era alguien similar, y si estuviera en su lugar, haría lo mismo.

No tenía derecho a rechazar sus sentimientos, aunque lo feliz que se sentía no podía negarlo.

—Ja, jajajá... ¿Así que me han salvado...? —Entonces Argonauta simplemente rio sin fuerzas—. ¡Ah, qué obra maestra! ¡Esto es una comedia sin igual! ¡Totalmente típico de mí!

—Hermano...

—¡Jajajajá...! Ya veo, ya veo... —Su cuerpo, que ya no tenía fuerzas para seguir luchando, se arrodilló.

La risa de su hermano, que sonaba más como una risa forzada, hizo que el corazón de Feena se apretara.

Con una mezcla de sentimientos, Argonauta susurró esas palabras.

—Ah... qué frustrante...

—Ar...

Sintió arrepentimiento y desilusión al darse cuenta de que no podía ni terminar la lucha contra su archienemigo, ni siquiera llegar hasta el final. Era la arrogancia y la frustración de un hombre insignificante.

Olna, que no podía comprender completamente esos sentimientos, no pudo decir nada, mientras el payaso se reía de su propia torpeza y temblaba.

—...¿Qué estás diciendo?! ¡Por favor, ayúdame ya!

—¿Eh?

Pero la valiente y decidida chica no permitió que el hombre se hundiera en tales sentimentalismos.

—¡Soy solo una princesa! ¡No puedo manejar una espada como esta! ¡Así que, sin ti, no puedo!

—¡.....!

Con ambas manos, arrastró la «Espada del Trueno», la llevó hacia él, se puso junto al joven y extendió su mano.

Tomó su mano y, con un esfuerzo, tiró de él con toda su fuerza para que pudiera levantarse.

Argonauta, atónito, se levantó como si una cuerda roja lo estuviera jalando de forma misteriosa.

—¡Los dos juntos, de esta forma romperé mi «destino»!

Al escuchar esas palabras, mostró asombro en unos ojos que ya no podían ver.

El silencio fue breve.

Sintió la presencia de Ariadna frente a él y, luego, lentamente, esbozó una sonrisa.

—...Gracias, Aria. Entiendo, vamos a derrotar a este enemigo juntos.

Ariadna también sonrió mientras acercaba la «Espada del Trueno» a las manos de Argonauta.

—Vamos, agarra esta espada...

Sin embargo, la mano del hombre falló espectacularmente, aterrizando en una dirección completamente equivocada.

Muni... funyon...

—¿Kyaa!? ¿E-ese es mi trasero!

—¿Eh? ¿El trasero de la princesa!?

Un agudo y fuera de lugar grito salió de Ariadna, mientras Argonauta, que no tenía ninguna intención indebida, se sorprendió enormemente.

—.....

A partir de ahí, Argonauta, en silencio, comenzó a mover frenéticamente los dedos de su mano derecha.

De manera concreta, aprovechó al máximo su agudo sentido del tacto, que se había desarrollado en lugar de su vista perdida, y comenzó a frotar y apretar, como si estuviera comprobando la sensación de la suave parte inferior. No era su intención, pero cayó rápidamente en las garras de pensamientos impuros.

—¡No me toques en silencio!

—¿¡Guhaah!?

—..... —las otras dos chicas no dijeron nada.

La temible mano de la princesa alcanzó sin piedad el cuello del bufón.

Ariadna tenía la cara completamente roja, Olna miraba con una expresión de desdén, como si estuviera viendo basura, y Feena, completamente agotada, sonrió con amargura, mientras que la «Espada del Trueno» parpadeaba tristemente.

—«¡Gruuuuhh...!» —En ese momento, el Minotauro, que había sido lanzado por una descarga eléctrica, finalmente se levantó después de haber pasado por el estado de parálisis.

Si Argonauta se había agotado por completo, el Minotauro también había usado su última fuerza en el golpe anterior. En su estado, apenas podía sostener el hacha de doble filo y se mantenía de pie con dificultad, tosiendo débilmente. Argonauta, al darse cuenta de todo, levantó la cabeza.

—...Lo siento, Minotauro. Al final, sigo siendo yo mismo. No pude evitar que esto se convirtiera en una «comedia». —Se disculpó.

El monstruo, dando un paso hacia adelante, no pudo entender esas palabras.

—¡Te derrotaré aquí! ¡No yo solo, sino con la princesa, los dos juntos! ¡Realmente lo siento! —Se defendió.

El monstruo dio otro paso, dejó caer el hacha de doble filo y extendió la mano, como si buscara al hombre.

—Entonces... ¡ya nos veremos de nuevo, enemigo mío!

Y con eso, hizo un «juramento de revancha».

Su paso se detuvo, y el Minotauro miró al hombre de cabello blanco.

—¡Renaceremos, y la próxima vez que nos encontremos, será un uno contra uno! ¡Ahí decidiremos nuestro destino! —Argonauta sonrió.

Era una sonrisa brillante, tan alegre como la de un niño, algo que no parecía apropiado para alguien que acababa de librar una feroz batalla, derramando sangre y carne.

—¡Es un trato, mi digno enemigo!

Ambos, Argonauta y Ariadna, tomaron la empuñadura de la espada del trueno.

Se acercaron y, unidos, invocaron la fuerza, llamando a la luz del trueno.

El sonido aumentó, y toda la visión se llenó de la brillante luz del relámpago, mientras el Minotauro... sonreía.

Ante ese juramento, ante la sonrisa del hombre.

En medio de una escena que parecía sacada de un sueño, pero que ciertamente era real, el Minotauro sonrió en la distancia luminosa.

Con sus manos fuertemente apretadas contra la del otro, Argonauta, junto con Ariadna, sellaron el destino.



—¡Derrótalos, «Espada del Trueno»! —dijeron ambos al unísono.

El torrente del rey del trueno fue liberado.

El poder del cielo apareció desde lo profundo de la tierra.

Desgarró las losas de piedra, extinguió las antorchas y devoró incluso al monstruo que se mantenía erguido con valentía.

Justo antes de que todo se desvaneciera, el guerrero toro lanzó un rugido que competía con el estruendo del trueno, y su figura se desvaneció en la luz dorada.



El estruendoso rugido del trueno resonó en lo profundo de la tierra, y se escuchó por todo el Gran Laberinto.

—¿Eso fue...?

—¿Desde lo profundo del laberinto...? ¡No puede ser!

El temblor que parecía envolver todo el laberinto hizo que Garms y Elmina, que se encontraban en el gran pasillo, levantaran la cabeza.

Estaban en una de las posiciones más cercanas a la «Cámara del Altar», y hasta hacía poco, los espantosos rugidos del minotauro habían llegado a sus oídos, cortados y entrecortados.

Sin embargo, ahora ya no se escuchaban.

Solo resonaba el aullido distante del trueno, como si fuera un grito de victoria.

—Sí, parece que sí.

Mientras los dos reaccionaban sorprendidos, Ryuulu, con una expresión seria, juntando los varios restos de su lira dejó escapar una sonrisa satisfecha.

Con suavidad, tocó las cuerdas con los dedos.

—...Impresionante de verdad, Argonauta. Aquí se ha tejido una verdadera «leyenda heroica».

La lira reparada emitió un sonido algo torpe, pero claro; el sonido de la victoria.

Desde las montañas lejanas comenzaba a despuntar el amanecer.

La larga noche había llegado a su fin.

Una brisa fresca danzaba, y la pradera comenzaba a cantar una canción de inicio.

Un joven de cabello rojo, llenando sus pulmones con el aire impregnado del olor a hierba, entrecerró los ojos ante el brillante resplandor del alba.

—Lo conseguiste, Ar...

Fuera del Gran Laberinto, a través del agujero que los dragones habían destruido, Crozzo, bañado por la luz de la mañana, levantó los labios en una sonrisa.

La sensación de la presencia de los monstruos que había en el entorno parecía ser mucho más débil, como si el señor de esta tierra hubiera caído y los monstruos, aterrados, hubieran huido.

El espíritu que surgió cerca de su hombro derecho también dejó claro que la amenaza de esa tierra había desaparecido.

Crozzo sonrió ampliamente y miró hacia atrás.

—¡Oye, parece que ganamos! —Las palabras que lanzó fueron dirigidas a un hombre lobo, que se encontraba sentado en el suelo, con los brazos cruzados y el torso desnudo, con una expresión seria en su rostro.

—...¿Por qué estoy vivo?

Era Yuri.

El hombre lobo que debía haber muerto y regresar a la tierra, tal como había observado Garms, ahora no tenía ni una cicatriz en su cuerpo.

Apenas si tenía la cara un poco pálida por la falta de sangre, pero su malhumor, claramente visible, le daba un aire sombrío, casi de villano, aunque para Crozzo eso no era más que un detalle.

—Te dije que te había curado, ¿verdad? Ah, y no te preocupes, no le dije que te diera «sangre de espíritu» como a mí.

El torso de Yuri, que debía haber sido atravesado por el dragón, no tenía ni un solo agujero. Al mirarse el cuerpo, frunció el ceño, confundido. Crozzo, con calma, le explicó.

—Simplemente usé una poderosa magia de curación... Llámalo «milagro».

—...Al igual que ese payaso, tú también eres increíble. —Yuri lanzó la frase más sarcástica posible al herrero que le había salvado la vida, incluso sacrificando parte de su propia vida. Y enseguida, con la cabeza agachada, comenzó a sentir vergüenza de sí mismo—. Finalmente podía con mi hermana, pero yo...

—Oye, no digas que casi mueres. Al menos te ayudé.

Pero Crozzo, que se había acercado, interrumpió sus palabras.

Con una sonrisa en el rostro, le dijo:

—Si sigues vivo, puedes hacer casi cualquier cosa... ¿no es eso lo que decía Ar?

—...Ah, maldición. Tiene sentido. —Con evidente molestia, Yuri levantó las comisuras de su boca.

Se levantó frente a Crozzo y, al mirar el amanecer más hermoso que había visto en su vida, entrecerró los ojos.

—Bien hecho, payaso... Yo también te diré un «gracias», y será la primera y última vez que me veas hacerlo.

Miró al cielo y cerró los ojos.

El joven pronunció por primera vez su verdadero nombre.

—...Gracias, Argonauta. El orgulloso humano que se hizo el payaso y mantuvo sus creencias...



La recuperación de la princesa.

Y luego, la completa derrota del minotauro.

La noticia se dispersó por la capital más rápido que el viento, y con más astucia que los ladrones, gracias a las manos de los bardos, se conoció en un abrir y cerrar de ojos.

—¡¿Lo oyeron?! ¡El minotauro, realmente lo derrotaron!

—¡Muchos valientes soldados fueron sacrificados, pero parece que la princesa está a salvo!

—¡Ya te digo, ese tipo no era un fraude! ¡Argonauta era un «Héroe»!

En la calle principal de la ciudad, la gente dejó de lado sus tareas diarias y se reunió, sorprendida, aplaudiendo y gritando de alegría.

Algunas partes de la información fueron ocultadas y modificadas, para la «comedia» que el payaso deseaba. La lucha brutal no podía ser borrada, pero si la tragedia y el horror iban a ensombrecer el paraíso, el bardo decidió contar dulces mentiras a los que no sabían la verdad. Decía que todos los que lucharon fueron héroes.

La noble princesa perdonó esas mentiras y dijo que la carga de la culpa era suya.

—¡Ah, mira!

—¡Oh...! ¡El héroe regresa triunfante!

Medio día después de la última batalla.

Cuando el sol estaba en su cenit, la gran comitiva atravesó la imponente puerta principal y apareció en la capital.

Una maga medioelfa, un hombre lobo y un guerrero enano, un bardo elfo que también hacía de guía, y un herrero humano.

La multitud brindó vítores sin reservas a ellos y ellas, lanzando una lluvia de flores desde lo alto de los edificios.

Todos sonreían, e incluso había quienes derramaban lágrimas. Ante el glorioso y valiente espectáculo de la victoria, Feena se sonrojó y casi se echó a llorar por simpatía.

Y entonces...

—¡Princesa, está a salvo!

—¡Lady Ariadna!

—¡Lo lograste, Argonauta!

Una explosión de vítores estalló hacia el joven de cabellera blanca y la hermosa princesa, quienes caminaban al final de la comitiva, lado a lado.

El paso de Argonauta, guiado por la princesa, era lento. Sus párpados, que no se abrían, no podían reflejar la escena triunfal que tanto había deseado. Al volverse a mirarlo, Feena, casi rompió a llorar nuevamente.

Pero sonrió.

Como su hermano le había elogiado alguna vez, sonrió como una flor.

Porque Argonauta seguía sonriendo.

Levantó una mano, con orgullo, sonriendo como un «Héroe».

Feena sonrió junto a Yuri, Garms, Ryuulu y Crozzo, quienes se detuvieron.

Bajo este cielo azul, junto con la multitud, celebró a su querido hermano.

—¡Que viva la Princesa! ¡Que viva Argonauta!

Alguien gritó.

La emoción se transmitió rápidamente y se convirtió en un gran coro.

—¡Gloria a la capital!

—¡Que el Paraíso sea eterno!

—¡Que viva Lakriooooooooos!

Hombres, mujeres y niños gritaron mientras una larga fila de personas se formaba a ambos lados de la calle principal. En medio de esta multitud, una niña saltó hacia adelante.

—¡Hermano! ¡No, Señor Héroe! ¡Gracias!

Era la niña humana que el payaso había ayudado.

Con ambas manos abrazaba un amuleto preciado, el recuerdo de su padre, mientras sus mejillas se sonrojaban y sus ojos brillaban al llamar varias veces el nombre del héroe.

La euforia no terminó.

La gran conclusión de la comedia había llegado.

Los aplausos y vítores, como truenos, seguían celebrando la aparición de los Héroes en su acto final.



Las voces de felicitación no cesaron ni durante la noche.

Como en el festival de la fertilidad que se celebraba una vez cada varios años, la gente comenzó a esperar que, como Argonauta había declarado en la plaza frente al castillo, la «Era de los Héroes» realmente comenzara.

En el banquete, con gran cantidad de comida y bebida, los soldados no dijeron ni una palabra de queja.

Para quienes conocían la relación entre ellos y el grupo de Argonauta, era algo tan misterioso como inexplicable.

Al mismo tiempo, en contraste con la animada ciudad del castillo, el castillo real en sí mismo estaba inquietantemente en silencio.

—.....

En el salón más alto, la Sala del Trono.

No se escuchaba ni el más mínimo sonido. En la sala vacía, el Rey Lakrios estaba sentado en el trono con la boca entreabierta, atónito.

Desde ayer, había permanecido así.

Desde que el Minotauro fue derrotado y la «Cadena» en sus manos se rompió, no se había movido ni una sola vez.

—...Qué ridiculez...

Cuando el hambre en su estómago y la sed en su garganta alcanzaron su límite, el anciano rey tuvo que regresar de ser una estatua congelada en el tiempo a un ser humano.

Murmulló entre respiraciones entrecortadas, la vitalidad que había perdido, que ya se había desvanecido de su piel, comenzó a regresar.

—¿Cómo puede ser...!? ¡El Minotauro, ese horrendo monstruo...!

Tuvo que enfrentar la realidad, recobrando el aliento tras el impacto tan fuerte que casi le arrancó el alma.

El Rey Lakrios, incapaz de dejar de sudar, se abrazó la calva cabeza con ambas manos y comenzó a gruñir como si estuviera enloqueciendo.

—¿Mi «campeón» fue derrotado por ese hombre...?!

Con los ojos inyectados en sangre, miró hacia el suelo, temblando con violencia. En ese momento, las grandes puertas cerradas se abrieron con un fuerte sonido.

—¡!

—Todo ha terminado, majestad. Ha sido obra de las manos de Argonauta.

Con una sacudida, levantó la mirada.

Con pasos firmes, resonando con el sonido de sus zapatos, una joven de piel morena avanzaba hacia el trono. Era Olna.

No había falsedad en sus palabras.

Todo había terminado. Ya no quedaban aliados del Rey Lakrios en ese castillo.

La joven que se negó a subir al escenario se había encargado de asegurar el control del castillo mientras Argonauta y los demás recibían la admiración, el apoyo y el corazón del pueblo.

Ella asumió sin vacilar el trabajo sucio.

Con la rapidez y determinación de alguien que tenía los «méritos» para hacerlo.

—¡O-Olna...! ¿Has venido... a matarme?!

—¿A matarlo? ¿Por qué? No, yo no haría tal cosa. No, todo lo que he hecho hasta ahora es... solo observar.

La chica, enfrentándose al anciano rey, que había vivido muchos años, era mirada con miedo.

Olna, sin cambiar su expresión, le respondió con frialdad.

—...No tengo derecho a juzgarte, *padre* mío.

—¡¿.....?!

Ese era el «secreto» de la joven.

Era la razón por la que el Rey Lakrios y sus hombres se obsesionaron con ella y construyeron su «jaula».

Era la «otra princesa», una hija del rey que ni siquiera la princesa legítima conocía.

—Te agradezco por protegerme, que ocultaras mi identidad y por evitar que fuera sacrificada. Y al mismo tiempo, te odio.

Ella, que solo había sido una invitada en el reino del Rey Lakrios, conoció los secretos de la familia real. Incluso aquellos fieles más cercanos al rey no perdieron su respeto por ella debido a esa verdad oculta.

Al regresar al castillo, reveló la verdad a aquellos en cargos oficiales que desconocían su identidad. A pesar de sentirse culpable, también mostró el poder de Argonauta y los demás como una amenaza.

«El Minotauro, protector del Paraíso, ya no está. Únanse al bando de la princesa, de quien seré la tutora.»

«Si no contamos con el poder de los héroes, esta ciudad no podrá sobrevivir.»

«Lo más importante es que el rey, que ya no puede tener herederos, ha dejado de ser el único en la línea de sangre real legítima; solo nosotras podemos hacer eso.»

Nadie se opuso a la propuesta de la joven, quien conocía los secretos más oscuros de la capital.

Los oficiales militares, que habían perdido la mayor parte de su ejército en la batalla en el Gran Laberinto, se rindieron. Los pocos funcionarios civiles que quedaban, en lugar de resistirse, se unieron sin dudar al bando de Olna.

—Para protegerme, sacrificaste a muchos miembros de la familia real que conocían mi verdadero origen. Incluso a mi «medio hermana», que no sabía nada...

El Rey Lakrios había ocultado la identidad de Olna hasta ese día, todo con el fin de protegerla.

Para evitar que fuera ofrecida como sacrificio al Minotauro, le dio el falso título de «Adivina que lleva el destino del reino».

La razón por la que el rey hizo todo esto por Olna fue...

—Desde el día en que mataste a mi «madre», me has mantenido encerrada en esta «jaula».

—...¡Eso no es cierto! ¡Te equivocas, Olna! ¡Yo... yo amaba a tu madre!! —Al no poder evitarlo, el rey gritó, revelando el origen de la «jaula»—. ¡Tu madre era a quien más amaba! ¡Pero...!

—Lo sé todo. Fuiste presionado por tus súbditos y por los otros miembros de la familia real, y no pudiste soportar más la carga de tus responsabilidades, por lo que ofreciste a mi madre, que llevaba la sangre real, como sacrificio.

Sin embargo, incluso el conflicto interior del rey era algo que Olna ya conocía.

El rey, que se había inclinado hacia adelante, se quedó sin palabras al ver el rostro de su «querida hija», que no cambiaba de expresión.

—Y luego, te rompiste. Atrapaste a los nobles y a tus súbditos, y los ofreciste como sacrificios uno tras otro, como un tirano.

La pérdida de su ser más querido.

Como sustituto de ese ser querido, como su recuerdo olvidado.

Eso fue Olna.

Olna era ese «uno» que el Rey Lakrios había intentado proteger.

El rey, tras perder lo que más amaba, perdió el camino de sabiduría que había seguido hasta entonces. Se convirtió en una «monstruosidad horrible», un ser humano que cayó en la maldad. La ira y el odio lo impulsaron a enterrar a sus enemigos, convirtiendo a muchos funcionarios civiles en alimento para el Minotauro. Solo dejó vivos a los pocos caballeros, soldados y oficiales leales a él.

Hizo sobrevivir a los pocos funcionarios civiles que podían realizar los asuntos gubernamentales esenciales, y con eso, creó el sistema dictatorial en la capital que existía ahora.

El país, que ya estaba distorsionado desde antes, había engendrado al rey distorsionado que tenía frente a él.

—...Sí, yo soy la prueba de tu «pecado». Mi madre, que fue el ser a quien más amaste, y yo, su hija, somos prácticamente idénticas. —Fue en ese momento cuando Olna bajó la mirada por primera vez.

Con la piel morena heredada de su madre, sus ojos reflejaron la tristeza y mostraron compasión al rey, despertando en él los recuerdos de tiempos pasados.

—Caíste en la locura del «rey loco» y, sin embargo, no pudiste matar dos veces a tu ser más querido.

—¡¡Aahh, Aaaaahhhhhh...!! —El Rey Lakrios gritó al enfrentarse a la culpa que su amada hija le había revelado.

No importaba cuánto intentara retroceder, el trono se lo impedía.

Esos mismos ojos, los mismos que había amado, lo miraban sin cesar.

Finalmente, cubriéndose la cara con ambas manos, el Rey Lakrios trató de escapar de la mirada de Olna. Ya no era rey, solo quedaban el pellejo, los huesos y la obsesión de un pobre anciano.

Un débil grito resonó por un tiempo en la sala del trono.

—Ar... Argonauta me pidió que «perdonara al rey».

Después de un breve momento,

Olna, que observaba a su padre, abrió la boca.

—Tú también deseabas un «Héroe» para proteger el reino...
Fuiste una víctima de la desesperación.

—¡¡.....!!

El Rey Lakrios había hecho todas las cosas a medias.

Aunque sabía que se necesitaba un sacrificio, incluso después de que la familia real se redujera a dos personas —si se contaba a Olna, tres— él nunca tomó las medidas más abominables contra Ariadna. No pudo ser completamente despiadado.

No era difícil imaginar que, incluso después de caer en la «monstruosidad horrible», aún luchaba con su conflicto y vacilación, como padre y como ser humano. Siempre estuvo tomando decisiones para los «cientos» del reino, y sufría eternamente por la «desesperación» de la época.

No pudo detener lo que había comenzado. Al final, era solo un ser humano, como cualquiera.

—Yo también tengo culpa por no haber detenido nada. Por eso, a partir de ahora, teje una «historia» como redención.

—¿Qué-qué...?

Ante su padre, que se quedó atónito, Olna cerró lentamente los ojos.

—...He venido a decirte adiós, Rey Lakrios. Te devuelvo el nombre de Olnatia Lakrios. —Con un gesto elegante, realizó el saludo real.

Tanto su forma de hablar como su comportamiento cambiaron, como si fuera otra persona.

Como si fuera la «otra princesa».

Pronunció su verdadero nombre, que había sido enterrado en la oscuridad, y levantó la cabeza.

—A partir de hoy, soy realmente... solo Olna. —Y luego, esbozó una sonrisa.

Ya no era princesa ni nada, sino solo una «narradora».

El rey, cuyo tiempo se había detenido, temblaban sus labios y se desmoronaba sin disimulo.

—¡Espera... espera! ¡Espera, ¿Olna?! ¡¡No me dejes solo ahora que lo he perdido todo!! —Dejó escapar una súplica en la que desechaba todo orgullo, estatus, incluso autoridad real.

El rey extendió desesperadamente la mano hacia su amada hija. Sin embargo, esos dedos torcidos no pudieron alcanzar nada.

Como si estuviera cosido al trono o embrujado por una maldición, su cuerpo no se despegaba del asiento. El trono, que también era prueba de sus pecados, nunca liberó al anciano rey.

—...Nadie te juzgará. Nadie te culpará. En su lugar, solo observa.

Olna borró su sonrisa y habló con tranquilidad.

—El reino recto que abandonaste. El mundo recto que dejaste ir. La «Era» que tú mismo abandonaste. —Caminó hacia la ventana y tiró de la cortina que había estado cerrada—. A partir de ahora, comenzará el «Mito Heroico»... el comienzo de la «Era de los Héroes» que ese tonto hombre abrió.

Ante sus ojos se desplegó el cielo azul.

Un paisaje de una época hermosa, distinta al odio y desesperación que habitaban en el rey.

El Rey Lakrios, cubriéndose la cara rápidamente por la luz cegadora que se filtraba en la sala del trono, abrió los ojos desmesuradamente, sufriendo como si su cuerpo fuera quemado.

—Ver eso es... tu «castigo».

—.....¡¡Aaaaaaaaaaaaaahhhhhhhhhhhhhhhhhhh!!

Un grito desgarrador estalló.

Olna dio la espalda al rey, que se desplomó mientras aún se aferraba al trono, y comenzó a caminar.

Nunca se volvió a mirar la fuente de esos gritos de agonía.

Con el rostro cubierto por la tristeza, dejó atrás la sala del trono.



El sol brillaba hoy también.

Tras terminar con los asuntos relacionados con el rey, Olna caminaba por los pasillos del castillo, cubriéndose la cara con la mano.

El cielo estaba tan azul y claro como en el día en que vio al payaso ridículo en el patio debajo.

No era tranquilidad, pero sí una calma similar a la de una tormenta pasada.

—Olna...

Una voz vacilante la llamó desde detrás, mientras ella miraba al cielo.

La joven se giró, como si ya lo supiera todo.

—¿Qué ocurre, Elmina?

Quien estaba allí era una amazona.

La antigua asesina, que había regresado junto a Olna y, al igual que ella, no había participado en el desfile triunfal público, formuló su pregunta con evidente incomodidad.

—¿Qué vas a hacer ahora...?

—Renuncié a mi posición. Desde el principio, alguien como yo no tenía el derecho a gobernar este reino. Ariadna heredaré el trono eventualmente. —Por su parte, Olna se mantenía tan natural como siempre.

Se apoyó en la barandilla, entrecerrando los ojos al viento que soplaba desde el patio mientras sostenía con una mano su larga melena negra que flotaba al aire.

—Siento como si le estuviera dejando todos los problemas a ella, pero... creo que esa chica será una gran y sabia reina. Yo, por mi parte, tomaré la pluma y pasaré mi tiempo entre libros.

Esbozó una leve sonrisa, ante la cual Elmina, incapaz de ocultar su desconcierto, volvió a preguntar.

Como si usara una hoja sin afilar que se hundía en su propia piel, insistió pacientemente.

—¿Te parece bien...? Ella... la princesa... es tu verdadera hermana... tu única hermana.

—.....

—¿De verdad, no vas a decirle nada...?

—...Está bien. Ella no sabe que tiene una hermana mayor. Si ahora le revelo la verdad, solo la confundiría. Por eso la seguiré observando desde las sombras, como hasta ahora. —Olna se aseguró de que su verdadera identidad como princesa no llegara ni a Ariadna ni a Argonauta. También hizo que los funcionarios que conocían su

secreto juraran guardar silencio. Mostró un fragmento de una «Cadena», similar al «Artefacto Divino», y les advirtió: «He lanzado una maldición sobre ustedes. Quien rompa su juramento terminará en el estómago de una bestia». Estas palabras hicieron que tanto militares como burócratas aceptaran de inmediato, pálidos de miedo.

No había necesidad de sembrar confusión ahora. Tampoco era necesario avivar problemas que dividieran el reino por el legítimo sucesor. Desde niña, Olna había sido rebelde y no había recibido una educación real adecuada, por lo que estaba convencida de que Ariadna tenía mucho más potencial que ella.

Planeaba mantenerse alejada de la escena pública, refugiándose en una habitación rodeada de libros y dedicándose a escribir.

Quizás algún payaso o trovador habría descubierto su verdadera identidad, pero esas personas no solían hablar de asuntos irrelevantes. No sería un problema.

—...Entiendo... —Al escuchar la respuesta de Olna, Elmina, que apenas lograba hablar el idioma común de los humanos, se quedó en silencio con una expresión profundamente triste.

Olna dirigió su mirada hacia ella.

—¿Y tú qué harás, Elmina?

—Yo-yo... —Sorprendida por la pregunta, la amazona titubeó, desconcertada.

Su rostro reflejaba el mismo sentimiento de culpa que el del Rey Lakrios.

«¿A estas alturas?» se burlaba en su mente la adivina de carácter cínico, pero reprimió ese pensamiento y le habló.

—...El general Minos ha desaparecido, y la defensa de la capital está debilitada. La capital enfrenta una severa falta de personal.

—¿Eh...?

—Si no tienes nada que hacer, te estoy diciendo que trabajes como un caballo de tiro. Ahora tú serás quien proteja la capital, no desde las sombras, sino bajo la luz del sol.

—¡.....!

Sin darse cuenta, estaba extendiendo la mano hacia alguien a quien había odiado tanto.

—Además, bueno, podrías ser mi «guardaespaldas». Contigo nunca sé qué harás si te pierdo de vista.

—¿E-so te parece bien...?

—Te estoy diciendo que lo hagas. ¿O acaso piensas negarte?

Olna se cruzó de brazos con una actitud altiva, como si estuviera cobrando todas las deudas acumuladas, mientras Elmina, nerviosa, se inclinaba hacia adelante apresuradamente.

—¡No! ¡Claro que no! —Movi6 la cabeza de lado a lado repetidamente, titubeando sobre qu6 decir, y qued6 inm6vil durante un momento.

Debajo de su velo, la mujer estaba claramente sonriendo.

—...Gracias, Olna.

Olna tambi6n le devolvi6 una peque6a, pero aut6ntica, sonrisa.

—Olna... ¿puedo decirte algo?

—SÍ, ¿qu6 pasa?

—Tu sonrisa... es realmente hermosa.

—¡! —Olna abri6 los ojos sorprendida por esas palabras inesperadas y por las l6grimas que aparecieron en las comisuras de los ojos de Elmina.

—Creo que... siempre quise ver esa sonrisa tuya... ¡siempre la he deseado! —Elmina lo dijo con un sollozo, como si arrancara esas palabras de lo m6s profundo de su ser—. Perd6name, Olna...

Le parecía ingenuo.

Algo tan simple no borraría los asesinatos desmedidos que ella había cometido.

Al igual que el rey, Elmina tendría que pasar el resto de su vida expiando sus crímenes.

Pero eso podía hacerlo a su lado.

Junto a Olna, quien no había sido capaz de detenerla, quien compartía su culpa y había sido protegida por ella todo ese tiempo.

—...Está bien. Ya, todo está bien.

Ellas eran, al fin y al cabo, semejantes.

Olna sabía bien cómo llamar a lo que eran.

—Vamos, «hermana mayor».

La «hermana menor», acercándose suavemente, tomó la mano de la «hermana mayor», que estaba al borde de las lágrimas.



—Entonces, ¿qué harán ustedes ahora?

El sonido del agua de la fuente resonaba en el aire.

El agua cristalina reflejaba la luz del sol mientras salpicaba y formaba ondas que se extendían en la superficie.

Diez días después de la «Cacería del Toro de Argonauta».

Cuando por fin se había calmado el agotamiento de la batalla y la situación inestable en la capital comenzaba a estabilizarse, los protagonistas de aquella comedia heroica se reunieron en la plaza de la fuente. Los únicos ausentes eran Argonauta y Feena.

En torno a la fuente de los espíritus, construida con un obelisco de mármol blanco en el centro, los niños, ajenos a todo, jugaban alegremente, lanzando gritos de emoción. Algunos de ellos, niños y niñas, les saludaban con la mano, y Crozzo les devolvía el gesto mientras se dirigía a Yuri y los demás:

—Según lo acordado, mi tribu se trasladará temporalmente a la capital. Por supuesto, yo seré el escudo que protegerá esta ciudad.

Ariadna, quien había obtenido el permiso necesario mientras avanzaba en la ceremonia de coronación como nueva soberana tras la abdicación del rey, ya había dado su aprobación.

Reconocido como uno de los héroes que salvó al reino, el guerrero conocido como «El Lobo» renovó su juramento.

—Protegeré esta tierra a toda costa y la convertiré en una «fortaleza para la humanidad».

—Yo estoy en una situación similar. Pero cuando la defensa de la capital sea sólida, saldré «afuera».

Garms, por su parte, había asegurado la tan anhelada promesa de una «expedición».

El guerrero de la raza de los enanos, confiado en que sus proezas reunirían nuevamente a su clan disperso, sonrió con determinación mientras expresaba su visión aún más ambiciosa:

—Ya no me conformaré con recuperar solo mi tierra natal. Recuperaremos todos los territorios de la humanidad de las garras de los monstruos.

—¡Jajá! ¡Eso sí que es pensar a lo grande! ¿Será que el ejemplo de Don Ar te ha inspirado?

Ryuulu, el bardo con su recién restaurada lira, reía a carcajadas mientras lo decía. Aunque Garms frunció el ceño ante la sonrisa burlona del elfo, terminó asintiendo.

—...Es irritante admitirlo, pero es cierto. Si ese hombre logró una «gran hazaña», sería una decepción que nosotros no alzáramos nuestros puños.

—Así es. Seguiremos su ejemplo. Ahora nos toca a nosotros convertirnos en héroes y dar inicio a un nuevo «Mito Heroico».

—...Es un pensamiento sublime. Sí, maravilloso. Si son ustedes, héroes de esta talla, estoy seguro de que lo lograrán.

Yuri, Garms y Ryuulu compartieron una sonrisa mientras la fuente de los espíritus parecía unirse a su júbilo, esparciendo destellos de agua como si les concediera su bendición.

—Yo también permaneceré aquí por un tiempo, pero... tarde o temprano reanudaré mi viaje.

En ese momento, Crozzo anunció que tomaría un camino diferente al de los demás:

—Antes de que mi vida termine, quiero ver muchos mundos y forjar armas para muchos más.

Nadie trató de detener al sonriente herrero. Sabían que, así como sus armas los habían salvado a ellos, en algún otro lugar esas creaciones suyas salvarían a alguien más.

—Eso también está bien. ¿Y tú, elfo?

—Yo me embarcaré en un viaje errante cuanto antes. Oh, sí, mis días estarán muy ocupados de ahora en adelante. —El trovador, ajustándose el sombrero teatralmente, comenzó a tocar la lira mientras hablaba—. Lo que vi en esta ciudad, el gran valor y la inmensa «esperanza», lo llevaré al mundo entero.

Con determinación y una nueva chispa de luz encontrada, el trovador comenzó a cantar mientras las notas de su lira resonaban con fuerza:

—La capital, el «Paraíso» en el corazón del continente, se alza. ¡Escuchen, gente! ¡Observa, mundo!

Al principio, fueron los niños quienes respondieron al llamado de su canción. Luego los adultos. Incluso las aves que surcaban el cielo y el mismo firmamento parecían escuchar con atención.

—¡Aquí comienza la contraofensiva de la humanidad! Guerreros que solo se quedaron de pie sin hacer nada, si se sienten frustrados, ¡alcen sus voces! ¡Es el momento de recuperar la dignidad y la gloria! ¡Suban al barco, al «Barco de los Héroes»!

El ancla ya había sido levantada.

Las velas blancas se habían desplegado.

El barco avanzaba majestuosamente, cortando las aguas del océano.

¿Dónde están los cobardes?

¿Quiénes son los traidores?

Incluso sumando a todos esos individuos despreciables, no serían rivales para aquel «payaso» que ya había establecido su leyenda.

El momento en que la llama del fervor se alzara estaba muy cerca.

—¡Sobre la base de la «comedia» que un único payaso logró crear, atravesaremos el océano del tiempo y pondremos fin a esta oscura historia! —Concluyendo su canción, arrancó un último acorde de su lira, el sonido resonando en el aire.

Yuri y Garms lo miraron con escepticismo, mientras Crozzo reía abiertamente. A su alrededor, se escuchaban los aplausos. Ryuulu, con una elegante reverencia, aceptó las muestras de admiración.

—...Déjeme a mí la «horizontal», Doña Olna. Por mi verdadero nombre, Wishe, lo llevaré al mundo. —Con la mano sobre el ala de su sombrero, levantó la mirada al cielo, entrecerrando sus ojos de un profundo verde bosque—. Así que, por favor, dejaré la «vertical» a su cuidado.

...Entendido, lo acepto.

La voz de la joven, disolviéndose en el cielo, devolvió una sonrisa.

La «comedia» se esparciría por el «horizonte» del mundo gracias a los labios del trovador errante.

Entonces, sería tarea de la «vertical», la narradora con pluma y papel, llevar el relato a través del flujo del tiempo.

—El «Poema de los Héroes» que será legado al futuro, lo tejeré yo. —Sentada junto a una ventana del castillo, rodeada por el cielo azul, Olna acariciaba un libro a medio escribir mientras contemplaba la ciudad del castillo.

Aquí, en el falso paraíso de Lakrios, donde el bufón bailó su «comedia», se encontraba el lugar donde todo había comenzado.

Con una sonrisa, Olna susurró el nombre del joven que había transformado mentiras en verdad:

—En nombre de «Argonauta», quien nos dio sonrisas y esperanza.



El tiempo siguió avanzando como un río de aguas cristalinas.

La ceremonia de coronación se llevó a cabo sin contratiempos, y así nació la nueva Reina Ariadna en la capital.

Aunque solo tenía quince años, joven y aún en su adolescencia, su sabiduría y belleza habían brillado tras sobrevivir a una calamidad y ser rescatada por los héroes. Los ciudadanos la aceptaron como símbolo de salvación y renovación para el reino, y el renacimiento de Lakrios comenzó con su primer aliento.

El pueblo tenía fe.

Creían que esta tierra se convertiría en un gran puerto que daría lugar a muchos héroes.

Creían en las palabras de un hombre, reían y se aferraban a la esperanza sin olvidarla jamás.

—¡Hermano! ¡¿Terminaste ya con los preparativos?! ¡Todos en la capital te están esperando! —Sintiendo la bulliciosa conmoción que llegaba desde el exterior de la ventana, Feena se cruzó de brazos con las manos en la cintura. Levantó su brazo derecho, ahora completamente curado gracias a la «magia» de Ryuulu y la suya propia, y señaló a su incompetente hermano, quien le sonreía con una felicidad desbordante.

—Solo es salir al balcón y saludar con la mano, Feena. ¡Es un trabajo sencillo, nada de qué preocuparse! Preparativos... ¿para qué molestarse? ¡Estoy listo de sobra! ...¿¡Buwaaah!?

Antes de que pudiera continuar, recibió un golpe certero en el costado, cortesía de la mano de su hermana medioelfa, ágil como una cuchilla de elfo. Aunque el chico era incapaz de ver, Feena no mostró piedad y mantuvo su disciplina habitual, con sumo cuidado de no dañar su rostro, pero asegurándose de causar un dolor preciso.

—¡Vas a salir junto a mi querida hermana! ¡Si le haces pasar vergüenza, no te lo perdonaré!

—Feena, ya basta... Solo tenemos que hablar de lo sucedido y mencionar a Ar. No tienes de qué preocuparte.

Haciendo un «¿¡Oooohhh!? », el hermano, ahora desplomado en el suelo y dejando escapar un sonido de queja parecido al de un animal herido, recibió las airadas palabras de su hermana. Observando la escena, Ariadna, con una sonrisa llena de paciencia, intentó calmar a Feena.

En realidad, Ariadna deseaba presentar formalmente a Argonauta como su primera acción oficial. Sin embargo, él mismo había rechazado la idea.

«El orden es importante», le había dicho con amabilidad.

Primero debía presentarse el líder del pueblo, el rey o reina que los guiaría; después, el héroe indomable. «La esperanza que hemos encendido nunca se apagará», añadió con un tono reconfortante.

—Solo queremos que el mundo conozca al héroe que salvó el reino.

Cuando Ariadna sonrió, Argonauta se levantó de un salto, como si tuviera la agilidad de un insecto, exclamando con entusiasmo:

—¡Exactamente! ¡El día en que mis imaginaciones se hacen realidad ha llegado! ¡El nacimiento explosivo del héroe Argonauta! ¡Feena, sería un desastre que me lesionaras en un momento como este, ¿no crees?!

—¡Tch, veo que estás en tu salsa...!

Mientras él reía a carcajadas, Feena apretaba los puños temblorosos de frustración. Ariadna no pudo evitar sonreír, aunque fuera con resignación.

Entonces, una voz interrumpió.

—Ambos, es hora ya. Feena, retrocede.

—Ah, sí, Olna.

Olna, quien había estado observando por la ventana, se dirigió a ellos con calma.

Ahora, como secretaria de la reina, Feena asintió hacia Olna y luego se volvió hacia Argonauta.

—...¡Haz tu mejor esfuerzo, hermano!

Observó los párpados cerrados de su hermano y, aunque quiso alzar la mano para acariciar su mejilla, la dejó caer. Finalmente, sonrió.

—Ah, y... ¡felicidades, mi querido hermano! —Con una radiante sonrisa, Feena salió de la habitación.

Argonauta, que había sido tan ruidoso en su presencia, se quedó en silencio mientras dirigía su mirada hacia la puerta por donde ella había salido.

—...Se ha convertido en una gran mujer. Creo que ya es hora de liberarla de mi protección.

—Estoy segura de que ella siempre estará a tu lado, cuidándote y observándote.

—¿De verdad? Sí, tal vez tengas razón... Es un problema. Parece que ni ella ni yo podemos desprendernos uno del otro.

Argonauta, con una expresión de hermano mayor, llevó la mano a su cabeza ante el comentario de Ariadna. Su gesto reflejaba una mezcla de debilidad y resignación, y la joven no pudo evitar soltar una ligera risa al verlo.

No pasó mucho tiempo antes de que un fuerte «¡Waaah!» resonara desde afuera. Uno de los servidores públicos debía de haber avisado la hora. Las voces al unísono indicaban que el momento esperado había llegado.

Desde la ventana, se podía ver cómo la plaza frente al castillo estaba repleta de personas. No solo estaban los ciudadanos de la capital, sino también extranjeros que habían oído hablar del enfrentamiento con el toro gigante y habían acudido a presenciar la ocasión. Toda la atención del continente estaba centrada en la capital.

—Ar... Déjame agradecerte nuevamente.

Sintiendo la emoción de la multitud, Ariadna volvió a mirar a Argonauta.

—Has disipado las sombras que rodeaban a la familia real, derrotado al Minotauro y traído la verdadera luz. Mi gratitud hacia ti es infinita. —Habiendo dicho esto, dejó que su cabello dorado ondeara mientras bajaba la mirada—. Sin embargo, a cambio de todo eso, tú...

En ese momento...

—Princesa, el cielo está azul.

—¿Eh?

Argonauta interrumpió sus pensamientos con una voz tranquila:

El tono sereno de Argonauta cubrió las palabras teñidas de tristeza de la joven. Él se giró hacia el balcón.

—Es como si el cielo estuviera bendiciéndonos, celebrando este día, el inicio de una nueva era.

—...Sí, el cielo está realmente hermoso. Pero, Ar... tus ojos...

El vasto y eterno firmamento azul brillaba por sí solo como un tesoro incomparable.

Sin embargo, los ojos del joven, que nunca volverían a abrirse, no reflejarían ese cielo.

Ya no podría ver ningún tesoro, ni algo insustituible y hermoso.

Mientras Ariadna permanecía desconcertada, Argonauta negó con la cabeza ligeramente.

—No, princesa. Sí que puedo verlo. —Con los párpados cerrados, respondió—. Veo las sonrisas de muchas personas. Veo a la gente riendo, llena de alegría.

—¡.....!

Los vítores resonantes parecían darle la razón. Decían que las palabras de Argonauta eran ciertas.

Por eso, Argonauta podía verlo: las «sonrisas» de muchas personas.

—Todos están sonriendo ahora. ¿No es así?

Con los ojos cerrados y una sonrisa en su rostro, el joven habló. La princesa, conmovida, se detuvo.

Pronto, con lágrimas en los ojos, Ariadna también sonrió.

—...Sí, están sonriendo. —Secó las lágrimas de sus ojos mientras reía—. ¡Todos están sonriendo...!

Tomaron sus manos y juntos caminaron hacia el balcón.

Los envolvieron gritos de júbilo tan fuertes que parecían hacer vibrar el aire.

Ante la visión del héroe y la reina, todos soñaron con el inicio de una nueva era.

—.....

Desde las sombras, Olna, quien los observaba, también les dedicó una sonrisa.

La «Comedia» terminó aquí.

El reino, gracias a las hazañas de los «Héroes», repelieron la invasión de los abominables monstruos y continuaron existiendo como el «Escudo de la Humanidad». Al menos dentro del alcance de lo que yo pude observar.

Y Argonauta... Su historia nunca fue contada como una historia heroica, ni tampoco fue recordado como un gran héroe.

Y la muerte se lo llevó en su siguiente aventura, así como eventualmente pasa con cada hombre.

No lloramos ni derramamos lágrimas. No nos dejamos llevar por la tristeza.

En su lugar, todos nos reímos juntos, nuestras bocas abiertas anchas y nuestras cabezas arqueadas hacia atrás mientras veíamos el cielo.

De verdad. Te juro que así pasó.

Y así, yo debo seguir contando su historia. Debo continuar hasta exhalar mi último aliento.

Oh, Argonauta. Tú eres el payaso, un ridículo bufón.

Tú, Argonauta, fuiste el héroe del comienzo. Tú, y solo tú, fuiste el «Verdadero Héroe».

No, el Héroe que yo... quien amamos.